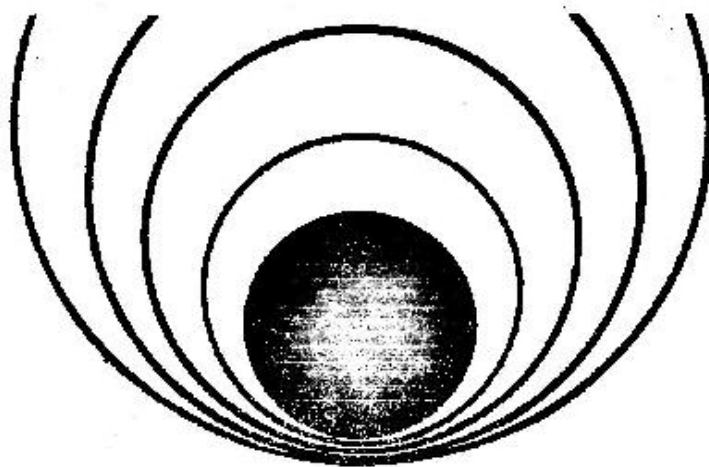




EL ASESINO ME QUITA EL SUEÑO

Clark Carrados





PUNTO ROJO



**ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR
EN LAS COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:**

**Servicio Secreto
Punto Rojo
Bisonte serie Roja
Búfalo Serie Roja
Selección Terror
La Conquista del Espacio**

CLARK CARRADOS

EL ASESINO ME QUITA EL SUEÑO

Colección PUNTO ROJO n.º 1.157
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

· BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN 84-02-02520-X
Depósito legal: B. 30.838-1984

Impreso en España · Printed in Spain

1.ª edición en España: octubre, 1984
1.ª edición en América: abril, 1985

© **Clark Carrados · 1984**
texto

© **Fabá · 1984**
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5 · 08006 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bru
Parets del Vallès (N. 152, Km 21.650) Barcelona

CAPITULO PRIMERO

La mujer estaba sentada tranquilamente frente al televisor y el sonido de las imágenes que aparecían en la pantalla apagó por completo todos los demás ruidos.

Detrás de ella, se abrió una ventana con un ligero chasquido, apenas perceptible. Un hombre entró en la sala, sin que Alice Baxter se percatara de su presencia.

La señora Baxter no supo nada, hasta que notó un fino cordón de seda que se enroscaba en torno a su cuello. Las manos del asesino estaban cubiertas por unos guantes negros. Era un hombre joven y fuerte. Alice Baxter estaba ya próxima a cumplir los sesenta años.

La mujer se debatió desesperadamente, mientras sus uñas arañaban la piel del cuello, en un fútil intento de librarse del dogal que le cortaba la respiración. El asesino mantuvo la presión firmemente, hasta que los movimientos de la víctima empezaron a debilitarse. Finalmente, el cuerpo se relajó y las manos cayeron laciamente al costado.

El asesino aseguró la cuerda con un fuerte nudo. No tocó el televisor, convenía que alguien, más tarde, oyera los sonidos. Si miraban desde el exterior, verían a la señora Baxter dormida apaciblemente frente a la pantalla.

Con gran cuidado, le arregló el cuello del vestido, para ocultar el cordón de seda. Luego, tan sigilosamente como había llegado, abandonó la casa. Era una hora relativamente temprana, no habían dado aún las once de la noche, pero nadie se percató de lo sucedido.

Sentada en su silla de ruedas, Thelda Brightell dormitaba apaciblemente, algo cansada de leer, con el libro abierto sobre el regazo. El teléfono sonó repentinamente, causándole un ligero sobresalto, a la vez que la arrancaba a la dulce somnolencia en que había caído momentos antes.

Thelda miró un instante su relojito de pulsera.

—Las once y cuarto —murmuró—. ¡Qué tarde es!

Para una mujer que pasaba de los setenta años, era tarde, en efecto. Diciéndose que ya debía haberse acostado, Thelda levantó el teléfono.

—¿Sí?

—Hola, tía —sonó una voz suave, de tonos melosos—. ¿Cómo estás? Thelda respingó.

—¡Bill! ¿Por qué me llamas a estas horas? ¿Es que te han soltado?

Al otro lado de la línea sonó una burlona carcajada.

—He salido unas cuantas horas del presidio —contestó el hombre—. Y, ¿sabes lo que he hecho? ¡He matado a Alice Baxter! ¿La recuerdas?

—¡Bill! —gritó la anciana—. Eso no puede ser, tú no has podido cometer un crimen tan horroroso...

—Tía, esto es sólo el principio. Algún día te tocará a ti el turno de irte al infierno. Mientras tanto, adiós... ¡y dulces sueños!

Thelda oyó un «click», anunciador de que la comunicación se había cortado. Luego, durante unos instantes, con templó el teléfono que aún tenía en la mano, preguntándose si no había sufrido una pesadilla.

—Lo he soñado, sin duda —murmuró—. Bill está en la cárcel. No puede haberse escapado...

De pronto, alargó la mano y marcó el número de Alice Baxter.

El teléfono estuvo sonando largo rato en la sala de la señora Baxter. Al fin, Thelda, muy preocupada, volvió a marcar otro número.

—¿Policía? Soy la señorita Brightell... Escuche, hace unos minutos he recibido una llamada telefónica. Tal vez se trate de una broma pesada... Un comunicante anónimo me anunció que había asesinado a Alice Baxter... Por favor, ¿podrían comprobar...? He estado llamándola mucho rato y su teléfono no contesta...

Thelda colgó pensativamente. No, Bill Grogan no podía haber sido. Estaba en presidio y allí no permitían salir hasta que se había cumplido la condena.

Media hora más tarde, Thelda, desde la ventana de su sala, vio que se detenía un coche con luces chispeantes en el techo, frente a la casa en que vivía. A los pocos segundos, hizo mover la silla de ruedas para recibir al hombre que había llamado a la puerta.

—Soy el teniente Robeson —se presentó el policía—. Señora Brightell, tengo que darle una mala noticia. Su amiga, la señora Baxter, está muerta.

El hombre, joven, bien parecido, detuvo su coche, saltó fuera y cruzó rápidamente el jardín. Una mujer, con una bata gris oscuro y vivos blancos, le abrió en el acto.

—Ah, señor Kyle —exclamó al verle—. Pase usted, la señorita Thelda le está aguardando.

—Gracias, Emily —contestó el recién llegado.

Mark Kyle avanzó resueltamente hacia la sala. Desde el umbral, contempló a la mujer sentada en la silla de ruedas.

Ella le miró también y esbozó una pálida sonrisa. Los cabellos blancos, cuidadosamente peinados, formaban como una especie de aureola en torno a la cabeza de la anciana. Sus manos, delicadas, blancas, no tenían un color más acentuado que el de los puños de encaje de su severo vestido negro.

—Mark, querido —dijo ella—. Temo que voy a causarte muchas molestias y no sé cómo disculparme...

Kyle se acercó a la dueña de la casa, tomó sus manos y sonrió largamente.

—Thelda, usted me manda. Yo soy su esclavo —dijo.

—Oh, no seas zalamero. Hay cuarenta y tantos años de diferencia entre los dos.

—¿Qué es la edad? ¿Una fracción del tiempo? Usted y yo nos conocimos hace un millón de años...

—Los dinosaurios se extinguieron hace setenta millones de años, pero todavía queda uno —contestó la anciana de buen humor. De pronto, se puso seria—: Mark, ¿sabes para qué te he llamado?

—No, pero me lo va a decir en seguida. Si no le importa, me sentaré.

—Puedes servirte una copa, Mark.

—Gracias, no me apetece, Thelda.

Kyle buscó una silla y se sentó a horcajadas frente a la anciana. Ella le miró con viva simpatía.

—Si yo hubiese conocido hace cincuenta años a un hombre como tú... —suspiró—. Ahora tendría hijos, nietos... y, en cambio, estoy sola, sin otro pariente que un sobrino, que es un verdadero demonio... —añadió melancólicamente.

—Usted tiene problemas, Thelda —adivinó el joven—. ¿Por qué no me lo cuenta todo? Ya sabe que sólo deseo ayudarla. Como hice en aquella ocasión.

—Lo sé perfectamente. De no haber sido por ti, aquel embaucador me habría birlado cincuenta mil dólares, con sus acciones falsas... Pero no hablemos de aquello, ya ha pasado y hemos de pensar en el presente, que no tiene nada de agradable. ¿Conoces la noticia?

—¿A qué se refiere, Thelda?

—Alice Baxter fue asesinada anoche, sobre las diez. La estrangularon con un cordón de seda.

Kyle se sobresaltó.

—No me había enterado —declaró—. Bien es verdad que no he tenido tiempo de leer los periódicos... y no suelo conectar la radio o la televisión al levantarme... ¡Un momento! —exclamó de repente—, Alice Baxter... ¿no figuró como testigo de cargo en el proceso contra... contra Bill Grogan?

—Sí, y sus declaraciones fueron terminantes para que el juez atendiera los argumentos del fiscal y condenase a mi sobrino a una larga pena de cárcel. Bill se lo tenía merecido, desde luego. Está mal que hable así del único pariente que tengo en este mundo, pero, a veces, me pregunto si mi difunta hermana no se casó con un demonio.

—No conviene exagerar, Thelda —dijo el joven—, Bill sólo cometió un desfalco de cierta cuantía. Es verdad que su acción causó graves perjuicios a personas de modesta condición, y en ello se basó el juez para dictar una condena muy severa, pero lo que hizo Bill ya lo hicieron otros muchos antes que él y no por ello se les consideraba hijos del diablo.

—Mark, tú no conoces bien a mi sobrino. Algún día te contaré de él cosas verdaderamente horripilantes. Nació malo, un auténtico demonio, y siempre fue así. Por eso asesinó anoche a mi amiga Alice.

—Thelda, Bill está en presidio. El no pudo ser... Además, ¿cómo lo sabe, suponiendo que fuese cierto?

—Me llamó por teléfono, Mark.

Sobrevino un instante de silencio. Kyle miraba fijamente a la anciana y ella se sintió incómoda.

—Te aseguro que no estoy loca ni fue una pesadilla —dijo Thelda firmemente—, Bill me llamó por teléfono a las once y cuarto y me anunció que acababa de matar a Alice. Dijo también que esto era solamente el principio y que algún día me tocaría a mí el turno de irme al infierno. No miento, hablo completamente en serio, Mark.

Kyle se frotó la mandíbula.

—Bien, vamos a creerla. Pero, ¿no pudo ser otro el que usara el nombre de su sobrino?

—Dime quién. A mí no se me ocurre ninguno, Mark.

—¿Ha hablado con la Policía?

—El teniente Robeson vino a la media hora de haberles avisado y confirmó el asesinato. Le conté lo mismo que te he dicho a ti. Es más, me ha llamado hace un cuarto de hora y dice que se ha puesto en contacto con el presidio. Bill está allí y no ha salido para nada desde que entró a cumplir su condena.

—Tal vez tenga un cómplice...

—¿Por qué? ¿Quién querría arriesgarse por él? —adujo Thelda—. Bill fue el autor del desfalco y lo hizo solo. Comprendo que esté resentido conmigo, dada su conducta, hace años le dije ya que le había desheredado y no percibiría un céntimo de mi fortuna. Pero, por otra parte, ¿qué objeto tiene asesinar a una persona inocente?

—Si Bill estuviese fuera, cabría pensar en una venganza. La señora Baxter declaró contra él, desde luego —dijo el joven pensativamente—. Pero, además, ¿por qué mortificarla a usted, anunciándole que algún día le llegaría el turno?

—Esa llamada me ha quitado el sueño —declaró Thelda quejumbrosamente—. Con franqueza, Mark, no sé qué hacer. ¿No puedes aconsejarme tú?

—Mire, Thelda, tal vez alguien la llamó, para divertirse a su costa... Acaso fue el mismo asesino, quien, sin duda, conocía su relación con la víctima. Pero es muy probable que se trate de un asunto en el que Bill no tenga ninguna intervención. De todas formas, hablaré con el teniente Robeson y entre los dos veremos lo que se puede hacer. ¿Le parece bien?

La anciana sonrió.

—Gracias, Mark, sabía que no me dejarías en la estacada. Y si necesitas hacer algún gasto...

Kyle levantó la mano.

—Olvídelo, Thelda. Actuaré para usted, como lo haría para cualquier persona a la que tuviera afecto. No se preocupe por el dinero.

—Gracias, Mark. Eres un chico muy considerado —Thelda volvió a suspirar—. ¡Cómo envidio a tu esposa, muchacho!

—¡Pero si estoy soltero! —exclamó Kyle.

—Algún día te casarás, ¿verdad? —dijo la anciana, guiñándole un ojo.

Y no pudieron seguir hablando, porque en aquel momento sonó el timbre de la puerta.

CAPITULO II

Emily, la sirvienta, asomó la cabeza.

—Señorita, una joven desea verla —anunció.

—Dígale que pase, Emily —contestó Thelda.

Kyle se puso en pie.

—Bueno, me iré...

En aquel instante una hermosa muchacha apareció en el umbral.

—¿Señorita Brightell? Soy Polly Cortland y deseo hablar con usted acerca de la casa de Seven Oaks Hill, si no tiene inconveniente.

Thelda miró fijamente a la recién llegada. Era una joven de poco más de veinte años, de buena estatura y silueta muy atractiva. Llevaba el pelo castaño corto, y vestía sencilla pero elegantemente.

—Ah, quiere que hablemos de la casa de Seven Oaks Hill —murmuró la anciana—. Permítame, señorita. Voy a presentarle a Mark Kyle, abogado y buen amigo mío y de toda mi confianza.

Los dos jóvenes se saludaron mediante sendas inclinaciones de cabeza. Luego, Polly se encaró de nuevo con la dueña de la casa.

—Tengo entendido que la propiedad está en venta. Tal vez podría interesarme su compra —manifestó.

—Tiene un precio y no puedo rebajarlo —respondió Thelda.

—Estaría dispuesta a aceptarlo, si la casa me conviene, señorita Brightell. Pero, claro, necesitaría examinarla...

Thelda se volvió hacia el joven.

—Mark, el asunto está en manos de Dunstan Rasselar, pero, a veces, pienso que es un pájaro de cuenta. ¿Por qué no te encargas tú de ello?

—¿Lo quiere así, Thelda? —preguntó el joven—, Rasselar podría enojarse por mi intervención.

—¡Que se vaya al...? —Thelda se mordió los labios—. Discúlpeme, señorita Cortland. He estado a punto de pronunciar una grosería.

—No se preocupe —sonrió Polly—. Estoy acostumbrada a oír muchas cosas.

—Está bien, gracias.

Thelda movió la silla de ruedas, provista de motorcito eléctrico, se acercó a un elegante escritorio y abrió uno de los cajones, del que extrajo una llave, que puso en manos del joven.

—Acompáñala, por favor, Mark. Ella ya conoce el precio y si le gusta la casa, cerraremos el trato muy pronto.

—Está bien, la informaré en cuanto me sea posible —prometió Kyle.
—Y no te olvides del otro asunto, del de mi infernal sobrino.
—Descuide, lo haré todo con la mayor rapidez posible.
—Muchas gracias, señorita Brightell —dijo Polly—, Espero llegar a un acuerdo con usted.

—Así lo espero yo también, señorita Cortland.

Kyle tomó una mano de la anciana y se dispuso a besarla, pero ella la retiró con rápido gesto y se tocó la mejilla izquierda.

—Aquí, Mark, aquí —indicó.

Kyle se echó a reír.

—Con muchísimo gusto —respondió.

Thelda suspiró.

—Hacia siglos que no me besaba un hombre —se lamentó. Pero su tono era jovial, malicioso—. Tenme al corriente de todo, Mark —concluyó.

* * *

—Si le parece, podemos ir en mi coche a Seven Oaks Hill. Al regreso, la dejaré aquí mismo y usted puede recobrar el suyo —propuso Kyle una vez fuera de la casa.

—Estupendo —aceptó Polly en el acto.

Kyle miró a la muchacha de reojo cuando ambos se acomodaban en el coche. Quizá no era una belleza en el estricto sentido de la palabra, pero poseía un encanto especial que la hacía sumamente atractiva. Buena parte de aquel encanto residía en sus cabellos, cortos, aunque no demasiado, y brillantes como hilos de cobre viejo, con algunas vetas doradas. Los ojos eran grises, profundos, y proporcionaban a su dueña una singular expresión de apacibilidad, no exenta de firmeza en los momentos adecuados.

El coche se puso en movimiento. Mientras viajaban, Kyle explicó a su acompañante algunas peculiaridades de la pequeña población en que residía. Esperaba que Polly se mostrase propicia a hablar de sí misma, pero la joven no parecía muy dispuesta a dar explicaciones personales, por lo que no insistió demasiado. Ella se mostraba cortés, aunque un tanto distante, sin orgullo ni displicencia. Se preguntó cuáles eran sus intenciones al adquirir la casa de Seven Oaks Hill.

«Ya lo sabré, si se queda con ella», pensó.

Momentos después, divisaron la colina en cuya cumbre se alzaba la casa. Estaba completamente fuera de la ciudad, a media milla de los primeros edificios. Las laderas de la colina estaban cubiertas por una abundante vegetación que había crecido anárquicamente, invadiendo, incluso, parte del camino serpenteante que conducía a la cima.

—La propiedad, debo admitirlo, está abandonada —dijo Kyle—.

Claro que la dueña hace ya muchos años que no reside en ella. Antes, la colina prácticamente toda, era un jardín, pero desde que la dueña se vino a vivir a la ciudad, nadie se ha preocupado de cuidar las plantas.

—Parece una casa muy bonita —respondió Polly—, ¿Por qué la abandonó?

—Sufrió un accidente y, aunque puede andar, le cuesta muchísimo y prefiere permanecer casi siempre en su silla de ruedas. Thelda es muy comunicativa, muy extrovertida, y cuando vivía allá arriba, apenas paraba un minuto en casa.

Siempre iba de un lado para otro... En fin, el accidente la hizo ver que, si seguía ahí, se quedaría poco menos que enclaustrada.

—Creo que comprendo. En el centro de la ciudad, puede ver a mucha gente y charlar con todo el que pasa por delante de su casa.

—Exacto. Es una mujer estupenda, siempre dispuesta a hacer un favor a todo el que se lo pide. Pese a su estado, tiene una vitalidad y una energía realmente admirables.

—Usted parece apreciarla mucho y, sin embargo, no son parientes.

—¿Se necesitan lazos de sangre para estimar a una persona? —sonrió el joven—. Además, ella me ha ayudado bastante en mi carrera... Bien es cierto que yo la salvé de un grave compromiso. Estuvo a punto de perder cincuenta mil dólares en una operación financiera, que le propuso un sujeto, al cual conseguí desenmascarar antes de que fuese demasiado tarde. Entonces se inició nuestra amistad. Y Thelda, mediante sus relaciones, no olvidemos que es una institución en la ciudad de Hartbone, me ha hecho progresar bastante.

—He oído algo sobre el asunto de su infernal sobrino. ¿Qué sucede?

—A Thelda sólo le queda en este mundo un pariente, un sobrino actualmente en presidio por un desfalco de notable cuantía... Pero estamos llegando, ya terminaré de contárselo en otro momento.

Kyle detuvo el coche a poca distancia de la casa. Polly se apeó y se puso una mano sobre los ojos, para contemplar mejor el edificio, ya que el sol le daba de lleno en los ojos.

Una racha de viento sopló en aquel momento y el vestido, de fino tejido, se adhirió a un cuerpo de espléndida figura, esbelto y firme como el de una Diana cazadora, pensó Kyle al contemplar aquel atractivo espectáculo. El viento agitó las faldas y ella se las sujetó con una mano, en un gesto instintivo y lleno de gracia.

Volviéndose, miró maliciosamente a su acompañante.

—¿Le ha gustado? —preguntó.

—No soy un hipócrita, señorita Cortland, ni tampoco un mojigato, aunque nunca me tomo libertades con las personas de cuya confianza no gozo —respondió él.

—Es, justamente, la respuesta que esperaba —dijo Polly.

Y volvió a mirar a la casa.

Era un edificio grande, de dos plantas y ático, con tejado picudo y una torrecilla en el lado norte. Aunque su antigüedad era evidente, había sido construido a principios de siglo, estaba perfectamente conservada y, precisamente su estilo un tanto pasado de moda le confería un atractivo especial.

En torno a la casa había unos cuantos robles de gran tamaño. Al otro lado, se veía una glorieta rodeada de setos de boj, con un templete de estilo clásico, en el cual se observaban visibles señales de abandono.

—Como ve, hay robles que son los que dieron nombre a la colina —explicó Kyle—. Originariamente, había siete, y de ahí el nombre. Ahora sólo quedan cinco, uno fue destruido por un rayo, antes de que se pusiera pararrayos en la casa y el otro murió de viejo y ardió en la chimenea.

—El lugar me gusta cada vez más —dijo Polly—. Ciertamente, habrá mucho trabajo para acondicionarlo, pero una vez esté todo listo, parecerá nuevo. ¿Entramos, señor Kyle?

El joven sacó la llave que le había entregado Thelda, abrió la puerta y se apartó a un lado. Polly cruzó el umbral, pero, apenas había dado dos pasos, se detuvo en seco y señaló algo que se veía claramente en el suelo.

Estaba cubierto de polvo, pero había unas pisadas que destacaban nítidamente contra la capa grisácea y que se dirigían rectamente hacia la escalera que conducía al piso superior.

* * *

—Alguien ha estado aquí recientemente —observó la muchacha —Estas pisadas lo demuestran, señor Kyle.

El joven se puso en cuclillas y pasó el índice por el polvo, en el borde de una de las huellas.

—Algún vagabundo, seguramente —contestó—. La casa está abandonada y carece de un vigilante nocturno.

—Pero habrá entrado por la puerta...

—Perdone que la contradiga. El intruso vino de allí, llegó a la puerta y retrocedió para subir al primer piso —dijo Kyle—. Seguramente, entró por la puerta trasera o tal vez por alguna de las ventanas de la cocina. Creo que eso no debe afectar a sus proyectos de comprar la casa, señorita Cortland.

—Bueno, sería cosa de poner barrotes en las ventanas inferiores, aunque no me gusta... quizá una valla metálica en los límites de la propiedad. Un par de sabuesos completarían la vigilancia por las noches, ¿no le parece?

—Es una buena idea, desde luego. Pero me permitiré hacerle una

observación, si no le importa.

—Claro —sonrió Polly.

—En esta casa no se ha cometido ningún crimen misterioso, ni su autor quedó impune, ni tampoco hay una leyenda sobre un fantasma. Es, simplemente, una casa construida por el abuelo de la señorita Brightell, quien compró los terrenos muy ventajosamente, en los inicios del siglo. Entonces, éste era el estilo predominante y el arquitecto no demostró demasiada originalidad, ateniéndose a los modelos de la época.

—Lo tendré en cuenta. ¿Qué le parece si seguimos ese rastro?

La puerta de la cocina, tal como el joven había supuesto, estaba abierta. Kyle apreció que la cerradura había sido forzada.

—Una simple navajita habrá sido suficiente para abrirla —supuso—. Tendré que llamar a un cerrajero para que haga la reparación pertinente. Hoy mismo quedará listo, se lo aseguro.

—Muy bien, vamos arriba ahora —dijo Polly.

Los muebles, aunque cubiertos de polvo, se hallaban en perfecto estado de conservación. Kyle fue abriendo sucesivamente las ventanas, para que se airease la casa y así ahuyentar el olor a humedad y moho que se percibía en el ambiente. Cuando llegaron al dormitorio principal, en el que se veía una enorme cama con dosel de seda roja, divisaron unas señales inconfundibles.

—El intruso durmió aquí. Probablemente no ha tenido un lecho mejor en todos los días de su vida —comentó Kyle, jovialmente.

Polly se acercó a la ventana y la abrió de par en par. Desde allí, se apreciaba un paisaje espléndido. El río, a una milla de distancia, serpenteaba entre una espesa doble fila de árboles llenos de verdor. A lo lejos, se veía una cadena montañosa, con algunos rastros de nieve en las cumbres.

La muchacha permaneció unos momentos así, respirando a pleno pulmón. Kyle, discreto, aguardó a que ella reaccionase.

Pasado un rato, Polly se volvió, con los ojos muy brillantes.

—Me la quedo —dijo.

—¿Conoce el precio? —sonrió Kyle.

—Sí. Insisto, compro la casa.

Kyle hizo un ademán de asentimiento.

—Será una buena noticia para Thelda —dijo—. Mañana me ocuparé de preparar la documentación. Pasado estará todo listo para la firma. ¿Le parece bien?

—Magnífico —aprobo la muchacha—. Por cierto, tendré que buscar a alguien que se ocupe de la limpieza... Necesitaré una sirvienta fija...

—Conozco una empresa de servicios generales domésticos, que puede ocuparse de todo, incluida la limpieza del jardín. En cuanto a la sirvienta, podríamos hablar con la cuñada de la señora Seamus, esto

es, Emily, la doncella de Thelda... Virginia Masters se quedó viuda hace poco, sus hijos ya se han independizado y creo que aceptaría con gusto un empleo como el que usted puede ofrecerle. Es persona de toda con fianza, puedo asegurárselo.

—Contrataré a la señora Masters —dijo ella alegremente.

Kyle se preguntó para qué podía querer la muchacha una casa tan grande, pero, discreto, se dijo que debía esperar. Acabaría por saberlo.

—Muy bien. Y, ¿qué le parece sí, para celebrarlo, almorzamos juntos? A menos, naturalmente, que tenga usted un compromiso.

—No, ninguno —respondió Polly.

—Entonces, vamos allá. Conozco un restaurante donde sirven comida de verdad, no de la prefabricada, que parece hecha para astronautas. Alimenta, claro, pero es insípida. La sopa de pescado, especialmente, le hace a uno sentirse en la gloria.

—Le gusta comer bien, ¿eh? —rió la muchacha.

—Me gustan los pequeños placeres, que animan la existencia y le hacen a uno olvidar todo lo malo que hay en este mundo, aunque sólo sea por unos momentos.

—Como, por ejemplo, el infernal sobrino de Thelda. Kyle asintió.

—Se lo contaré mientras comemos —dijo—, A fin de cuentas, si se va a quedar en la casa, tiene derecho a conocer la historia.

CAPITULO III

Mientras esperaba, en la sala de visitas del presidio, Kyle encendió un cigarrillo y contempló las nubes de humo que se deshilaban perezosamente en la tétrica atmósfera. Al cabo de unos momentos, se abrió la puerta que había al otro lado del cristal blindado que separaba las dos mitades de la sala, y un hombre de uniforme gris apareció ante sus ojos.

Bill Grogan sonrió burlonamente al reconocer a su visitante.

—Ah, el ilustre picapleitos, gloria del foro en la ciudad de Hartbone —exclamó—. ¿Qué he hecho yo, para merecer el honor de su visita?

Kyle hizo un gesto con la mano.

—Será mejor que te sientes, Bill —dijo—. Tenemos que hablar.

Aunque no podía existir contacto físico entre los dos, los sonidos se percibían claramente, merced al interfono instalado en el lugar. Grogan se sentó y siguió sonriendo.

—¿Te envía la vieja bruja de mi tía? ¿Se ha arrepentido de su comportamiento y quiere ayudarme, ahora que estoy «enchironado»?

—Bill, tu tía no quiere ni oír hablar de ti, y te lo tienes bien merecido —contestó el joven sin inmutarse.

—Entonces, ¿a qué diablos has venido?

—Alice Baxter fue asesinada hace tres días.

—Lo sé. Los periódicos llegan hasta aquí —Grogan se echó a reír—. Pero no fui yo. Tengo una coartada, ¿sabes?

—¿Y un cómplice? ¿Tienes un cómplice?

—¿Me estás acusando de ese asesinato?

—Prometiste vengarte de los que declararon contra ti en el juicio.

—Y lo haré. Algún día, cuando salga de aquí...

—Si persistes en esa idea, no te concederán la libertad bajo palabra, Bill —advirtió Kyle.

Grogan se encogió de hombros.

—Entonces, cumpliré la condena íntegra. Pero no podrán retenerme por más tiempo del que dictó el juez —respondió.

—¿Quién es tu cómplice, Bill?

—No tengo ninguno. Lo que hice, lo hice yo solo y no necesito a nadie para quitar de en medio a unos cuantos hijos de perra que me enviaron injustamente a presidio. En cuanto a la bruja de mi tía...

—¡Bill, no hables así de ella —cortó Kyle, enfurecido.

—Me desheredó. Pudo ayudarme y no levantó un dedo para evitar que me metieran en la cárcel.

—Tú nunca cambiarás, Bill —dijo el joven con tristeza—. Eres de la clase de hombres que jamás reconocen sus defectos, que culpan constantemente de sus fracasos a los demás... Robaste sumas que se te habían confiado legítimamente y lo derrochaste en continuas orgias y viajes costosísimos, con mujeres que sólo buscaban sacarte el dinero... ¿Eres capaz de negar lo que sucedió «realmente»?

—¡Vete al infierno! —aulló Grogan descompuestamente—. Podía haber devuelto aquel dinero, tú lo sabes bien... pero no me dejaron... no quisieron concederme el tiempo necesario...

—Con tus antecedentes, ¿quién iba a confiar en ti?

—Mi tía podía haberme hecho un préstamo y se negó...

—Bill, sé sincero. Aun suponiendo que tuvieras verdadera intención de reponer la suma sustraída, ¿cuánto tiempo habrías necesitado para ello? Era más de un cuarto de millón. ¿Qué podías devolver mensualmente? ¿Quinientos dólares? ¿Serías capaz de aguantar quinientos meses en estas condiciones? Habrías necesitado cuarenta y un años para saldar la deuda, más de veinte, si hubieras podido pagar mil al mes... ¿Quién te hubiera dado un empleo de dos mil al mes?

Grogan lanzó una espantosa maldición.

—Mi tía pudo salvarme y no quiso —insistió.

—Tu tía te ayudó hasta que vio que ya no podía conseguir nada de ti. Cualquiera, en su lugar, habría hecho lo mismo. Siempre fuiste un tipo retorcido, Bill. Fuimos juntos a la escuela... Te conozco bien, eres de la clase de chico que disfrutaba torturando a los gatos y los perros de los vecinos, molestando constantemente a la gente, robando las botellas de leche... ¿Por qué te quejas ahora?

Los ojos de Grogan centellearon malignamente.

—¿Sólo has venido para decirme eso? —preguntó.

—¿Quién es tu cómplice?

—Supongamos que lo tenga. ¿Qué ganaría yo?

—No lo sé. Te sentirías satisfecho de poder vengarte... pero tú no das un paso sin obtener un beneficio económico... y la venganza, sin dinero para ti, no tendría sentido. ¿Me equivoco?

—Creo que ya no tenemos nada de qué hablar —respondió Grogan desabridamente—. Todavía me quedan cuatro años y medio. Nos veremos cuando haya cumplido la condena.

Una vez más, Kyle repitió la misma pregunta:

—¿Quién es tu cómplice, Bill?

Grogan soltó una risa baja, siniestra.

—Mark, cuando veas a mi tía, dile que nada me gustaría más en este mundo que retorcerle su pellejudo pescuezo. Y quizá lo haga algún día...

El preso se cortó bruscamente. Miró un instante a su visitante y luego, poniéndose en pie, dio media vuelta y se encaminó con paso

rápido hacia la salida.

Kyle meneó la cabeza. La idea de un cómplice capaz de matar por Grogan persistía en su mente. Pero, ¿qué le había prometido Grogan a cambio del crimen?

* * *

—No tiene remedio. Es un caso perdido —dijo Thelda aquella misma noche.

Sin pestañear, sin dar la menor muestra de emoción, había oído el relato que Kyle le había hecho de su entrevista con Grogan. La anciana se sentía apesadumbrada y Kyle sabía que, en el fondo, le dolía enormemente el comportamiento de su sobrino. A fin de cuentas, se dijo, era sangre de su sangre, hijo de su hermana, y la idea de tener un pariente encerrado por ladrón, a veces, se le hacía insoportable.

Kyle asintió.

—Estoy de acuerdo con usted. Ha tardado en salir a la luz, pero es el caso de criminal nato más claro que he conocido...

—Nada de eso —le interrumpió ella vivamente—. Es un caso clásico de niño mal criado y pésimamente educado, al que se le han concedido siempre todos los caprichos. Mi hermana, me duele decirlo, era absolutamente incapaz de criar a un niño, débil, sin carácter, y sin ánimos para darle una buena paliza en el momento adecuado. Continuamente encontraba disculpas para las barbaridades que cometía ese demonio y no supo el daño que ella misma había causado, hasta que se enteró de que Bill había saqueado la caja de su compañía a manos llenas. Pero entonces era ya tarde, ya no había remedio para ese engendro de Satanás.

Eran unas palabras tal vez demasiado duras, pensó Kyle, pero que expresaban con toda claridad los sentimientos de la anciana. Kyle sabía también que, en tiempos, Thelda había ayudado a Bill, hasta que se convenció de que todo esfuerzo por conseguir que llevase una vida recta y honesta resultaría inútil.

El desfaldo del cuarto de millón, que había perjudicado considerablemente a un buen número de personas de modesta condición, había sido la gota que hizo rebosar el vaso de agua. Entonces, ella lo había desheredado y...

—Thelda —dijo el joven—, yo soy de la opinión que Bill tiene un cómplice. No sé quién es ni qué utilidad o beneficios puede conseguir al cometer un crimen en nombre de un condenado. pero él no lo hizo, esto es seguro. Por tanto, tiene que tratarse de un cómplice.

—Bill no tiene un dólar para pagarle...

—Puede hacerlo, esperando que algún día le pague una gran suma.

—Y, ¿de dónde va a sacar el dinero? No será de mi Banco ni a

cuenta de una herencia que ya no percibirá.

Kyle se acarició la mandíbula.

—Usted hizo testamento, ¿verdad?

—Sí, desde luego. Rasselar lo guarda...

La anciana se interrumpió bruscamente.

—Mark —dijo, tras una corta pausa—, voy a firmarte un documento, para que Rasselar te entregue mi testamento. No me fío de ese hombre, ¿sabes?

—¿Tan mal piensa de él? —preguntó Kyle.

—No puedo afirmar nada, porque carezco de pruebas, pero tengo la impresión de que Rasselar pudo haber hecho algo para evitar que Bill se convirtiese en un ladrón. Por eso te encargué de la venta de la casa de la colina. Tú te encargarás de guardar el testamento en lugar seguro, ¿verdad?

—Bueno, alquilaré una caja en el Banco. No hay otro sitio más seguro —sonrió Kyle.

—Hazlo por mí, muchacho —Thelda se reclinó en su silla y se puso una mano sobre los ojos—, A veces, me siento infinitamente cansada...

Kyle la miró con viva simpatía. Ciertamente, Thelda había hecho muchas ilusiones acerca de su sobrino, ya que no había tenido hijos, pero Grogan la había defraudado por completo, amargándole los últimos años de su existencia.

—Será mejor que piense en otra cosa, Thelda —aconsejó.

Ella hizo un esfuerzo por sonreír.

—A propósito, ¿qué sabes de la nueva dueña de Seven Oaks Hill? —preguntó—. Es una chica preciosa...

El joven sonrió maliciosamente.

—Voy a ver si consigo que acepte mi invitación a cenar —contestó.

* * *

Había un par de hombres trabajando activamente en la ladera de la colina. Polly estaba en la casa, vestida con una camisa a cuadros, remangada, pantalón de peto y un pañuelo en torno a la cabeza. Una mujer de mediana edad, la ayudaba en la tarea de limpieza y acondicionamiento del interior del edificio.

—¿Estorbo? —preguntó desde el umbral.

Polly lanzó una exclamación de alegría al verle.

—¡Mark! No esperaba su visita... Perdone que le reciba así, pero estamos muy ocupadas...

—No tiene importancia. ¿Cómo marcha la cosa?

—Estupendamente. Dentro de un par de semanas, tendré todo listo.

—Aún no sé qué pretende hacer, Polly.

Ella sonrió.

—¿No puede esperar unos días? Prefiero mantenerlo en secreto, si no le importa.

—Mujer, no voy a torturarla para que hable. Aunque quizá haya un método infalible de tortura para que «cante».

—¿De veras? —Polly rió agradablemente.

—Una cena. Dicen que la buena mesa y el vino desatan las lenguas. Pero yo no la forzaré a que me diga lo que quiere mantener en secreto. Prefiero que hablemos de otra cosa... si acepta, claro.

—A las siete y media estaré lista. Soy puntual, Mark.

—No faltaré, Polly —se despidió él.

Resultó una velada encantadora, durante la cual no se mencionaron en absoluto temas desagradables. Pero al terminar, Polly, curiosa, no pudo evitar preguntar al joven por el sobrino de Thelda.

—Estuve hoy a visitarle en el presidio. No fue agradable —contestó Kyle.

—Virginia me ha hablado de ese hombre —manifestó ella.

—No le habrá dado buenos informes, supongo.

Polly hizo un movimiento negativo.

—No. Todo el mundo sabe aquí qué clase de persona es y nadie se sorprendió cuando un buen día le enviaron a presidio.

—Su defensor no tuvo oportunidades. El delito quedó plenamente probado, pese a las argucias del abogado. Realmente, no tenía defensa posible. Incluso las coartadas con las que pretendió justificarse fueron destruidas por los testigos. Esa es la causa de que amenazara vengarse de ellos.

—La venganza se ha cumplido, al menos en uno de los testigos, la señora Baxter.

—Bueno, no se puede asegurar que ése sea el motivo del crimen. En esta ocasión, al menos, Bill Grogan tiene una coartada plenamente justificable: no pudo salir del penal.

—Usted parece haberle caído muy simpático a Thelda. Ella le tiene gran confianza. ¿Cómo ha sido posible?

Kyle sonrió ligeramente.

—Hace algún tiempo, evité que un estafador la despojara de cincuenta mil dólares, y no era precisamente su sobrino, sino un tipo mucho más listo. Si Bill hubiese actuado con la misma inteligencia, aún estaría en la calle.

—Parece ser —dijo Polly—, o al menos yo lo pienso así, que cincuenta mil dólares no deben de representar mucho para Thelda.

—Bueno, no es tan rica como cree la gente, aunque, desde luego, no pasa tampoco escaseces —contestó el joven—, Pero a nadie le gusta que le despojen con malas artes de lo que legítimamente le pertenece. Eso es todo.

—Sí, lo comprendo. ¿No hay nada nuevo sobre el asesino de la

señora Baxter?

—Eso es cosa de la Policía —dijo Kyle—. No, no he oído nada sobre nuevas pistas del asesino. Acabarán por encontrarlo, créame.

—Así lo deseo yo, Mark.

Al terminar, Kyle acompañó a la muchacha hasta su casa. Polly, sin embargo, le hizo detener el coche al pie de la colina.

—Quiero caminar un poco —manifestó ella—. Hace una noche estupenda, hay luna y siempre da buen resultado mover un poco las piernas.

Los trabajadores habían hecho una buena labor, reconoció el joven. El camino había sido desbrozado por completo y, aunque todavía quedaba mucha tarea por delante, era evidente que, en muy poco tiempo, la propiedad iba a cambiar de aspecto casi radicalmente.

La casa destacaba en lo alto, negra silueta contra la luz de la luna. Había, no obstante, un par de lámparas encendidas en el porche, lo que desvirtuaba por completo el aspecto lúgubre que ofrecía al primer vistazo. Polly se detuvo en los escalones de la veranda y le tendió una mano a su acompañante.

—Lo he pasado muy bien —sonrió—. Cuando tenga todo listo, podré devolverle la invitación. En mi casa, claro.

—Acepto de antemano —respondió Kyle—, Y ya sabe, si necesita de mí, dígalos sin reparos.

—Lo tendré en cuenta, Mark. Buenas noches.

—Buenas noches, Polly.

Kyle se marchó, un tanto perplejo acerca de los propósitos de la muchacha. Polly se había gastado casi cien mil dólares en la compra de la propiedad, que había pagado al contado, y aún tenía que gastarse un buen pico en acondicionarla y restaurar lo estropeado por el paso del tiempo. ¿De adonde había sacado tanto dinero? ¿Qué pretendía hacer en Seven Oaks Hill?

Una idea se le ocurrió súbitamente, y casi se sintió horrorizado. La casa era grande, tenía más de veinte habitaciones y seis u ocho cuartos de baño, un enorme salón, un comedor en el que podían sentarse a la mesa dos docenas de invitados... La perspectiva de ver a Polly al frente de una cuadrilla de alegres chicas destinadas a proporcionar diversión a los clientes masculinos le hizo sentirse incómodo.

Pero reaccionó muy pronto.

—No, ella no podría hacer una cosa semejante. No es de esa clase de mujeres —se dijo finalmente, para desechar aquella idea estúpida y ofensiva para la joven.

Más tranquilo, regresó a su casa y se acostó. Al día siguiente tenía que hacer una visita importante y quería estar en forma.

Presentía dificultades.

CAPITULO IV

Virginia, la sirvienta, recibió a Polly a su llegada a la casa. —Debería estar acostada ya —dijo la muchacha sonriendo. —No es tan tarde —respondió la señora Masters—. Me entretuve leyendo un poco... Quería darle un recado. Ha llamado un hombre y me dijo que se lo comunicase en seguida que regresara.

—¿Quién es? —inquirió Polly, sorprendida.

—Dijo que se llamaba Calloway. Quiere hablar con usted sin falta, mañana mismo.

Polly apretó los labios.

—Realmente, no tengo nada que ver con ese hombre —manifestó—. Fue... un pretendiente mío en tiempos, pero rompimos las relaciones. Pude darme cuenta de que no era el hombre que me convenía.

—Si eso es cierto, hizo bien, señorita.

—Gracias, Virginia. Oiga, si vuelve a llamar, díglele que no deseo hablar con él, ¿entendido?

—Descuide, señorita. Así lo haré.

—Gracias, Virginia. Ande, vaya a acostarse. Mañana nos aguarda un día de mucho trabajo.

—Sí, desde luego. Buenas noches.

Polly subió a su dormitorio y empezó a desvestirse, sumamente preocupada. Le preocupaba la llamada de Calloway. Creía que todo había terminado entre los dos, pero no parecía ser así.

«El pasado nunca muere del todo», se dijo melancólicamente.

Pocos momentos más tarde, apagó la luz. Tardó un buen rato en dormirse, inexplicablemente desvelada, pero, al fin, consiguió sumirse en un sueño que, sin embargo, no tuvo nada de placentero.

Las pesadillas le acosaron. Dormida, se agitó mucho en la cama, murmurando frases inconexas. Un hombre entró de pronto en la habitación y se acercó a la cama.

—Vete, vete de aquí —dijo Polly en sueños.

El hombre se echó a reír. De pronto, alargó una mano y tiró de las sábanas.

Polly se había puesto un camisón corto. Su hermoso cuerpo quedó casi completamente al descubierto, pero el gesto del sujeto la hizo lanzar un grito de terror.

Entonces, abrió los ojos y pudo comprobar que su pesadilla se había convertido en realidad.

El hombre estaba allí, aunque no la había destapado ni tampoco era

Danny Calloway. Polly se sentó bruscamente en la cama, pero, en el mismo instante, el desconocido movió su mano derecha, convenientemente cerrada.

El puño entró en contacto con el mentón de la muchacha. Polly cayó hacia atrás, sin conocimiento.

Minutos más tarde, sintió que le daban suaves palmadas en las mejillas.

—Despierte, despierte, señorita...

Gotas de agua fresca cayeron sobre su rostro. Al fin, Polly abrió los ojos. Turbiamente, vio una silueta inclinada sobre ella y lanzó un chillido.

—No se asuste, señorita... Soy yo, Virginia...

Polly trató de conseguir el foco correcto de visión.

—Virginia, ha entrado un hombre en mi habitación... La señora Masters se echó a reír.

—Ha sufrido una pesadilla —dijo—. Gritó, porque, sin duda, había tenido un mal sueño, y ello me despertó. Subí a ver lo que le pasaba y la vi profundamente dormida. No tiene importancia, a cualquiera puede pasarle una cosa así.

—Le digo que entró un hombre...

—Mi difunto marido, a veces, también sufría pesadillas y las confundía con hechos reales. No tiene que preocuparse, señorita, es cosa de la naturaleza humana. Mire, ahora voy a traerle un vaso de leche caliente, es el mejor sedante que conozco y así no necesitará pastillas de ninguna clase. Se dormirá como una niña, créame.

Polly se reclinó de nuevo en las almohadas. ¿Tendría razón la señora Masters?, se preguntó. ¿Había confundido el sueño con la realidad?

Por la mañana, enervada, se levantó y trató de despejarse mediante una ducha de agua fría. Consiguió encontrarse un poco mejor, diciéndose que no resultaba nada agradable padecer pesadillas como la de la noche anterior.

—Mira que soñar que el hombre me pegaba un puñetazo... —murmuró, a la vez que se acercaba al espejo para arreglarse antes de bajar a desayunar.

Repentinamente, se puso rígida.

Tenía una mancha morada en el mentón, no demasiado pronunciada, pero sí perfectamente visible. Era la huella de un auténtico puñetazo, la prueba irrefutable de la intrusión de un desconocido en su dormitorio.

Recordó las pisadas sobre el polvo que habían visto el día que visitó la casa por primera vez. ¿Había vuelto aquel vagabundo?

Ella ocupaba ahora el dormitorio principal. Tal vez el sujeto había vuelto, dispuesto a dormir en aquella cama y, sorprendido, la había

golpeado para poder huir sin dificultades.

Sacudió la cabeza. Tendría que preocuparse de que construyeran una sólida valla en torno a la propiedad. Era preciso evitar sorpresas.

* * *

Kyle tuvo que aguardar muy poco tiempo en la antesala del despacho de Dunstan Rasselar. Antes de dos minutos, la secretaria le indicó que ya podía pasar.

Rasselar le recibió en pie, situado tras su lujosa mesa de despacho.

—Celebro mucho la visita de tan distinguido colega —dijo afablemente—, ¿Quiere sentarse, por favor?

—Gracias —contestó el joven—. Señor Rasselar, mi visita es estrictamente profesional y no voy a entretenerle demasiado, ya que imagino tiene su tiempo medido.

—A pesar de todo, dispongo del suficiente para invitarle a una taza de café. O algo más fuerte, si lo prefiere.

—No, no me apetece, se lo agradezco sinceramente. ¿Le parece bien que entremos en materia?

Rasselar hizo un cortés ademán y volvió a sentarse.

—Le escucho —dijo.

Kyle sacó un documento del bolsillo y lo puso encima de la mesa.

—Es una autorización firmada por Thelda Brightell. En su nombre, le pido me entregue el testamento otorgado por ella y que usted guarda en depósito.

Rasselar puso cara de consternación.

—Lo siento tantísimo —murmuró—. No puedo entregarle algo que no tengo, señor Kyle.

El joven saltó en su asiento.

—¿Cómo es posible...?

—Hace algunos días, ocurrió algo terrible. Unos ladrones entraron en la oficina y la saquearon a conciencia. Creyeron, sin duda, que encontrarían dinero... Aquí nunca tengo más que unos pocos dólares, para gastos menudos e imprevistos... Sólo consiguieron un exiguo botín, pero, a cambio, me dejaron hecho toda una lástima...

—Pero no se llevarían el testamento —supuso el joven.

—Mucho me temo que sí. Había algunos sobres abultados y, sin duda, creyeron que podían contener billetes de Banco y se los llevaron para examinarlos en un lugar seguro. Uno de esos sobres contenía el testamento de la señorita Brightell.

Kyle se sentía estupefacto.

—¿Y no lo ha notado hasta hoy? —preguntó.

—Hasta ayer, bien entrada la noche. Hemos tenido que hacer un completo inventario de documentos y fue anoche cuando me percaté de la falta del testamento. No sé cómo justificarme, Thelda confiaba

en mí...

—Bueno, a fin de cuentas, no se ha perdido nada. Una copia de ese testamento debe de figurar en el registro legal, claro.

Rasselar se retorció las manos.

—Me siento desolado —dijo—. Ella, en efecto, me entregó el testamento, pero fui un poco negligente. Tuve que salir de la ciudad, en un viaje de negocios... Me prometí a mí mismo que lo registraría a la vuelta, pero luego me descuidé y... Créame, estoy abrumado...

El joven se puso en pie.

—No quisiera hacerle reproches, colega, pero me temo que...

La señal del interfono le interrumpió bruscamente. Malhumorado, Rasselar dio el contacto.

—Estoy ocupado, señorita —dijo.

—Perdón, señor. Tiene una visita, el señor Calloway.

—Ya le recibiré cuando pueda. Dígale que espere.

—Sí, señor.

Kyle se dijo que de nada serviría continuar acosando a un abogado del que lo menos que se podía decir era descuidado y hasta incompetente. Thelda no había tenido suerte con Rasselar.

—Gracias por todo —se despidió secamente.

En la antesala vio a un hombre muy ocupado en leer el periódico, que le ocultaba la cara por completo. Kyle no le concedió apenas una mirada.

Sentíase furioso por el comportamiento de Rasselar y así se lo dijo a Thelda media hora más tarde.

—No acabo de comprenderlo —declaró ella—. Siempre me pareció un hombre muy competente, eficaz... Hasta hace poco, claro.

—Es posible que lo sea, pero en esta ocasión, cometió un descuido imperdonable. Apenas tuvo el testamento en su poder, debió haberlo registrado en debida forma. Y eso es lo que haremos inmediatamente, Thelda.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir, Mark?

—Thelda, si usted muriese en estos instantes, Bill heredaría toda su fortuna —dijo el joven dramáticamente.

La anciana asintió.

—Sin testamento, él es mi heredero —comprendió.

* * *

Estaba sentado frente al televisor. Minutos antes, había recibido una noticia desagradable: su caballo favorito había entrado en penúltimo lugar, lo que le había hecho perder veinte dólares.

El ganador se había pagado cuarenta a uno. Theo McGalt maldijo su mala suerte. Si hubiese apostado al número cuatro, el vencedor, como

había sido su primera intención, ahora tendría ante sí la perspectiva de cobrar ochocientos dólares.

Y en lugar de las ganancias, tendría que enfrentarse con su apostador, al que ya debía un buen pico. El apostador era hombre de malas pulgas, si no le pagaba pronto, se cobraría la deuda de otra manera.

A fin de pasar el disgusto lo mejor posible, McGalt se levantó, fue a la cocina y extrajo del frigorífico una lata de cerveza. Luego volvió a sentarse ante el televisor.

Tomó un par de sorbos y dejó descansar la lata sobre el brazo del sillón. Fue en ese momento cuando notó una presencia extraña en la casa.

Pero no pudo hacer nada. Un lazo se cerró en torno a su cuello y la respiración se cortó instantáneamente.

El asesino era hombre fuerte y mantuvo la presión hasta que los movimientos de la víctima hubieron cesado por completo. El asesino tuvo un fino detalle: el televisor estaba muy alto de sonido y lo rebajó un poco, a fin de evitar molestias a los vecinos.

* * *

Estaba en la cama, recostada sobre una pila de almohadones, con un libro en las manos, cuando sonó el teléfono situado sobre la mesilla de noche. Thelda alargó la mano y levantó el auricular.

—Thelda Brightell —dijo—. ¿Quién es?

—Hola, tía —oyó la anciana una voz de melosos tonos—, ¿Cómo te encuentras? ¿No te ha impresionado la muerte de Alice Baxter?

—¡Bill —gritó Thelda—. ¿Otra vez tú? Pero, ¿es que te han dejado salir de la cárcel?

Al otro lado de la línea resonó una risa baja y siniestra.

—Hoy le ha tocado el turno a Theo McGalt. ¿Lo recuerdas? Fue otro de los que declararon contra mí. Todos ellos han de morir y tú serás la última, cuando ya no estés viva, aunque respire y tu corazón siga latiendo, porque estarás muerta de miedo. Entonces, yo iré a hacer que tu muerte sea algo real, auténtico... Adiós, tía...

El hombre volvió a reír y se despidió con toque de humor macabro:

—¡Hasta mi próxima víctima!

La comunicación se cortó. Thelda contempló el teléfono un instante.

—¿Hablabas ese hombre en serio? —murmuró.

Al cabo de unos segundos de indecisión, se dijo que debía salir de dudas y marcó un número de teléfono.

En aquellos momentos, Mark Kyle estaba muy ocupado. Tenía entre sus brazos a una hermosa rubia, antigua conocida suya, a la que había invitado, después de cenar, a tomar una copa en su apartamento.

Tanto él como su invitada sabían que lo de la copa era un pretexto. A los pocos minutos de llegar, estaban ya estrechamente abrazados, besándose con furia nada disimulada.

Kyle soltó los botones de la blusa de su invitada.

—Oye, no llevas sujetador.

—¿Lo necesito? —rió ella.

—Bueno, puesto que no llevas esa prenda, podrías también «no llevar» nada más...

—Con mucho gusto.

La rubia estaba ya solamente vestida con unas braguitas de encaje, que más parecían hechas de tela de araña, cuando, de repente, sonó el teléfono.

—Maldición —juró Kyle.

—Dile que se vaya al diablo —propuso ella, abrazándole estrechamente.

El teléfono sonaba insistentemente.

—Aguarda un momento —ideó él—. Diré que... no estoy disponible y podremos continuar la fiesta.

En pie, como estaban aún, estiró la mano y levantó el aparato.

—No estoy en casa. Yo no soy yo —dijo.

Un chillido resonó bruscamente en sus oídos.

—¡Mark, no cuelgues! Soy Thelda... McGalt ha sido asesinado...

El joven respingó.

—¡Thelda! ¿Qué broma es ésta? ¿Tiene ganas de tomarme el pelo?

—Mark, te aseguro que es cierto. Mi sobrino me ha llamado hace unos momentos para anunciarme la muerte de McGalt. ¿Lo recuerdas? Fue otro de los testigos en el juicio. Ha dicho que matará a todos y luego me matará a mí. Haz algo, pronto, por el amor de Dios —suplicó la anciana con gran vehemencia.

Kyle empezó a darse cuenta de que Thelda no bromeaba.

—Está bien, ahora mismo llamaré a la Policía —dijo—. No se preocupe, haré todo lo que pueda.

Colgó el teléfono y miró a la rubia, que seguía todavía colgada de su cuello.

—Nena, parece ser que tenemos que posponer la fiesta —dijo, ceñudo.

—Esa mujer... chillaba mucho... Me pareció oír algo sobre un crimen, Mark.

—Es posible que sea cierto. Dispensa un momento, por favor.

Kyle marcó el número de la Policía.

—Soy el abogado Kyle. Acaban de anunciarme el asesinato de un tal Theo McGalt. Por favor, vayan a investigar... No, mejor avisen al teniente Robeson. Es el encargado del caso y él sabrá lo que hay que hacer.

El joven estaba en mangas de camisa y buscó su chaqueta.

—Hermosa, yo tengo que salir —dijo—. Considérate como en tu casa. Espérame, reanudaremos la fiesta después, aunque sean las tres de la madrugada.

Ella suspiró. Levantó los brazos primero y luego los dejó caer a lo largo de los costados.

—Me parece que no podrá ser, cariño —manifestó—. Tengo una hora determinada para regresar a casa y no puedo esperar a las tres.

—Tus padres, ¿eh? —dijo él con sorna.

—Mi marido. Le gusta verme acostada cuando regresa a las dos de su trabajo en el «Barney's Saloon». Es el encargado, ¿sabes?

Kyle maldijo su ingenuidad. ¿Cómo había podido creer que aquella antigua conocida suya estuviese todavía soltera?

Pero era un problema insignificante, comparado con el que se le había planteado tan inoportunamente.

CAPITULO V

Chester Robeson, bajo, cuadrado, macizo, con cejas como cepillos y mandíbula de «bulldog», recibió al joven en el umbral de la casa del crimen.

—Me dieron su aviso —dijo—. Estaba acostado, pero me levanté en el acto.

—Entonces, es cierta la noticia —murmuró Kyle.

Había varios coches de patrulla en el exterior, con las luces centelleantes, y una ambulancia. Varios policías cuidaban del orden, mientras que el equipo de huellas y el fotógrafo realizaban su tarea.

—Sí, está muerto —confirmó Robeson.

El forense salió en aquel momento.

—Muerte por asfixia, a causa de estrangulación con una cuerda. Daré más detalles mañana. El óbito debió de producirse hace una hora, hora y media todo lo más, pero ya lo confirmaré en mi informe definitivo, después de la autopsia. Buenas noches.

Kyle y Robeson volvieron a quedarse frente a frente.

—Cuénteme, abogado. ¿Cómo lo supo usted? —preguntó el policía.

—Me lo dijo la señorita Brightell. Ahora me encargo de sus intereses, aparte de que hace ya tiempo que tenemos una buena amistad. Yo estaba en mi casa y ella me llamó, diciéndome que su sobrino había hablado con ella por teléfono, anunciándole la muerte de McGalt.

—¿Su sobrino? ¿El que está en presidio?

—Es su único familiar, teniente.

—Pero eso no puede ser. Si está encerrado...

Kyle señaló el teléfono situado sobre una mesita.

—¿Por qué no lo comprueba? —sugirió.

Robeson le miró de reojo, desconfiado.

—El director me pondrá verde —refunfuñó.

—No veo por qué...

—¿Cómo diablos voy a preguntarle si está allí un hombre del que tenemos la seguridad de que, efectivamente, está encerrado?

—Bueno, yo le he contado lo que me dijo la señorita Brightell...

—Es muy anciana, ¿verdad?

Kyle se puso rígido.

—No es una jovencita precisamente —respondió.

—La he visto en más de una ocasión. Tiene, al menos, setenta y cinco años. A esa edad, la mente flaquea, abogado. Ella sufrió una gran decepción cuando su sobrino fue procesado y condenado. Pero también conoce su carácter y cree en lo que él dijo después del juicio. Esas amenazas han lie gado a constituir una obsesión para la señorita Brightell, quien, así, acepta que la comunicación telefónica es de su sobrino.

El joven apretó los labios.

—Si no llama usted, lo haré yo —anunció, resuelto—. Y, en cuanto a lo que ha dicho de Thelda Brightell, es un disparate. Jamás he visto persona tan lúcida y dueña de sí misma como ella.

—Está bien —dijo Robeson de mala gana—. Hablaré yo mismo con el director del presidio —hizo una mueca—. No sé por qué tuvieron que construirlo a cuatro pasos de Hartbone —añadió malhumoradamente.

—Son doce kilómetros y está en un lugar solitario, hundido en el valle de modo que no causa mala impresión con su vista.

El policía se encogió de hombros.

—A fin de cuentas, eso no importa tanto...

Se acercó al teléfono, marcó un número y esperó unos momentos. Kyle le vio hablar a poco y comprendió muy pronto la clase de respuesta que había recibido.

Robeson se volvió hacia él.

—Está en su celda, durmiendo como un angelito —dijo.

—Bien, al menos, hemos salido de dudas y ahora podemos pensar en un tipo con un sentido muy especial del humor, que se divierte quitando el sueño a la señorita Brightell. Pero, ¿no es posible que Grogan tenga un amigo de confianza, a quien encargarle esos asesinatos?

—¿Cree usted que existe un hombre capaz de matar a dos personas sólo por amistad?

—Por amistad, no, por dinero.

—Grogan está arruinado.

—Posiblemente, él piensa que puede conseguir una gran fortuna y así ha podido convencer a otro con la promesa de darle dinero...

Kyle se interrumpió. Había visto el escepticismo en el rostro del policía y no quiso continuar con una hipótesis que, bien mirado, no tenía nada de posible.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—Teniente, yo no conocía muy bien a Grogan, pero usted tuvo que intervenir cuando lo encarcelaron. ¿No recuerda qué persona o personas formaban parte de, digamos, su círculo íntimo de amistades?

Robeson pareció reflexionar unos instantes. Luego alzó la cabeza.

—El único nombre que se me ocurre es el de Nora Olsen —respondió al fin.

—¿Quién es esa dama?

—La fulana de Grogan. Trabaja en el «Barney's», aunque no creo que le diga gran cosa. Es la jefa de camareras, para más detalles.

Kyle recordó en aquel momento algo que le habían dicho poco antes. La rubia que había llevado a su apartamento había mencionado el mismo local.

—Gracias. Iré a verla en cuanto me sea posible. Ahora debo ir a casa de la señorita Brightell, debo tranquilizarla... aunque dudo mucho de conseguirlo. Cuando le haya dado la noticia...

Kyle se marchó, pensando que, efectivamente, resultaría interesante hablar con Nora Olsen. Pero tendría que ser al día siguiente.

* * *

Al otro día, a la hora del almuerzo, Kyle hizo un encuentro casual.

Pasaba por delante de una tienda de animales cuando, al mirar casualmente a través de la vidriera, divisó una figura conocida.

Polly estaba hablando con el dueño. Esperó sin prisas y, cuando ella salió, hizo un ademán con la mano.

—¡Mark! —exclamó la muchacha—. Cuánto me alegro de verle... Celebro infinito esta casualidad...

—No lo es tanto, si se piensa que tengo mi despacho a treinta metros y que tengo que pasar por aquí para ir a almorzar. Y, a propósito, siempre que puedo, me gusta hacerlo en agradable compañía.

—Entiendo la insinuación —sonrió Polly—. Y acepto, desde luego.

—Muy bien, entonces, vamos allá —dijo él, a la vez que la asía suavemente por el brazo—. ¿Va a comprar algún pájaro ornamental? —preguntó.

—No. Vine a ver si encontraba un buen par de perros Dóberman. No

tienen en estos momentos y he de esperar a que la madre tenga cachorros.

—No compre esa clase de bichos. Son peligrosos, incluso para el dueño. Necesitaría un domador y eso, me parece, le costaría uno de sus bonitos ojos. Pero si puede hacerlo...

Polly suspiró.

—No podría permitirme ese lujo —respondió—. Pero, por otra parte, necesito vigilancia. Mark, ¿recuerda el primer día que fuimos a la casa de la colina? Vimos unas pisadas en el polvo...

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Algún vagabundo entró en la casa, eso es todo.

—Yo diría que ese tipo quiso repetir la visita. Entró en mi dormitorio y me pegó un puñetazo cuando me desperté, dejándome «knock out».

—¿Habla en serio, Polly?

La muchacha se detuvo un instante y señaló con el índice su propio mentón.

—He puesto más cantidad de maquillaje, pero aún se nota la señal del golpe —manifestó.

—Me siento preocupado —dijo él—. ¿Cómo sabe que es el mismo tipo?

—Lo supongo solamente. ¿Por qué, si no, iba a entrar en mi dormitorio, como hizo en la ocasión anterior? Tengo la sensación de que se sintió muy sorprendido al ver que, esta vez, la cama estaba ocupada. No sé qué hizo después, porque ya se lo he dicho, perdí el conocimiento.

—Es grave, desde luego. Polly, un consejo: antes de irse a dormir, compruebe bien el estado de las ventanas de la planta baja. Si no tiene instaladas todavía alarmas, ponga objetos con los que pueda tropezar un intruso en la oscuridad. Una silla, por ejemplo, con algún cacharro encima, en equilibrio inestable o algo así, ¿me entiende?

—Lo haré hasta que haya terminado todo el trabajo de restauración —prometió la joven—, Mark, he oído la noticia. Anoche hubo otro crimen, ¿verdad?

Kyle asintió, ceñudo.

—Otro de los testigos de cargo contra el sobrino de Thelda —contestó.

* * *

Eran las diez de la noche, cuando llegó al «Barney's Saloon». cuya fachada aparecía brillantemente iluminada por un gigantesco rótulo de lámparas de todos los colores. La decoración pretendía imitar un viejo «saloon» del Salvaje Oeste, con toques modernos, pero sus

dimensiones eran enormemente mayores. Y, además, se dijo, los clientes, en el «Barney's» encontrarían cierta clase de diversiones que no se hallarían en algunas de las tabernas del siglo pasado.

Entró en el local y sus dimensiones le sorprendieron, pese a ir preparado para ello. No se podía negar que Jack Barney, el dueño, tenía imaginación y había conseguido levantar un negocio sumamente productivo.

Apenas si quedaba una mesa libre. La barra, casi cuarenta metros de largo, aparecía atestada de hombres. Media docena de «*barmans*» trataban incesantemente de calmar la sed de los clientes.

En las mesas había muy pocas mujeres. La clientela, apreció Kyle, estaba compuesta en su mayor parte por hombres. Al fondo, divisó un espectáculo, en el que dos parejas realizaban unos números eróticos.

Abundaban las camareras que iban y venían constantemente entre las mesas. Vestían muy sucintamente: dos cazoletas de seda negra apenas si cubrían los senos, pero tenían un agujero redondo en el centro, que permitía ver los rosados picos que los remataban. En la parte superior de cada círculo se divisaba una inscripción, en letras doradas: «Mira, pero no toques».

Kyle se dijo que el diseñador de la indumentaria era un tipo de muy buen humor. El resto del «uniforme» consistía en un trocito de tela triangular, sujeto a las caderas por una estrecha cinta negra, zapatos de tacón alto, y cuello blanco, rígido, con corbata de lazo.

Encontró una mesa y apenas se había sentado, apareció una camarera.

—Un whisky doble —pidió el joven. Puso un billete de diez dólares a la vista—. Me gustaría hablar con Nora Olsen —añadió—. Me llamo Mark Kyle.

—Intentaré decírselo, señor —respondió la camarera, después de guardarse el billete en el escote.

A los pocos momentos, volvió con la sonrisa en los labios.

—Perdone que no le sirva aquí, señor. La jefa se lo servirá personalmente en su despacho.

—Oh, estupendo.

Kyle siguió a la camarera, una joven muy atractiva, cuya presencia allí le había parecido un tanto fuera de lugar. Ella le condujo hasta una puerta situada en la parte posterior de la gran barra y llamó con los nudillos.

—Adelante —sonó una voz femenina al otro lado.

Kyle se volvió hacia la camarera.

—Gracias, Lisa —dijo.

—Me llamo Mary —contestó ella, a la vez que hacía una leve genuflexión.

Kyle empujó la puerta. Al hacerlo, notó que chocaba contra un

cuerpo humano.

—Dispense —murmuró.

El hombre salía de espaldas y no pudo verle la cara.

—Hasta la vista, Danny —dijo Nora Olsen.

Kyle se apartó a un lado y luego cruzó el umbral.

—Gracias por haber accedido a recibirme, señorita Olsen —dijo.

—Puede llamarme Nora, como todo el mundo —contestó la mujer.

CAPITULO VI

El uniforme de Nora Olsen era idéntico al de las camareras, sólo que estaba confeccionado con tejido de hilo de oro y no llevaba rótulos sobre los círculos que dejaban los pezones al descubierto. Kyle la estudió unos instantes, vio que era muy hermosa y poseedora de un cuerpo lleno de atractivos, pero también apreció dureza en su mirada, y ambición y falta de piedad en sus facciones.

Tenía unos treinta y cinco años. Su experiencia, en todos los sentidos, de ser muy grande, calculó.

—Gracias, Nora —dijo, tras una corta pausa—. Sólo deseo hacerle algunas preguntas acerca de un amigo suyo, ahora en la cárcel.

—Sin duda, se refiere a Bill Grogan.

—En efecto.

—Lo lamento. Hace tiempo que no sé de él. Nuestras relaciones se cortaron cuando fue detenido y acusado de robo.

—La palabra exacta es desfalco, Nora.

—Quitó dinero a otras personas, ¿verdad? Entonces, ¿qué más da cómo se llame a lo que hizo? Pero, discúlpeme, no he preparado todavía nada de beber.

Moviendo aparatosamente las caderas, Nora se acercó a una consola y destapó una botella.

—¿Cuántos dedos? —preguntó, jovial.

—Dos, gracias.

—Mark Kyle, ¿por qué ha venido a hablarme de Bill?

—Es sobrino de una dama con mucho dinero.

—Ah, sí, la vieja... Bill me hablaba mucho de la fortuna de su tía. Estaba muy quejoso de ella.

—La señorita Brightell tenía toda la razón del mundo. Por otra parte, yo también conozco a Bill. Estudiamos juntos. Tiene todos los defectos del mundo, pero muy pocas virtudes, si es que tiene alguna.

—Un hombre nunca es totalmente malo, abogado.

—En Bill, la maldad está al noventa y nueve por ciento.

—Es su opinión, no la mía.

—Pero antes lo ha calificado de ladrón.

—El que roba el dinero a otros, siempre es un ladrón, no importa cómo lo haga —dijo Nora fríamente—, Pero no por ello se le puede calificar de demonio.

—Entonces, ¿lo defiende?

Ella se encogió de hombros.

—Ahora me es indiferente —repuso.

—Nora, dos personas, que fueron testigos de cargo en el juicio contra Bill, han sido asesinadas —dijo Kyle pacientemente—, Bill juró vengarse de esos testigos y luego de su tía. Ya sé que él no lo ha hecho, porque está todavía en el penal. Pero, ¿no es posible que tenga algún amigo que cometa esos crímenes por él... y por dinero?

Nora rió burlonamente.

—¿Qué dinero? Bill es pobre como las ratas...

—Pudo prometer una buena recompensa al percibir la herencia — Kyle no quería mencionar que Grogan no percibiría jamás la herencia, puesto que Thelda había otorgado un nuevo testamento, pero de este modo, pensaba, podía obtener más detalles.

—Si fue así, y no rechazo totalmente la idea, no conozco a nadie capaz de hacer lo que usted dice —manifestó la mujer.

—Es una lástima —suspiró Kyle—, Yo pensé que usted, tal vez...

—Lo siento.

El joven se dijo que ya no conseguiría nada más. Estaba seguro de que Nora sabía mucho más de lo que decía, pero, mujer lista y llena de astucia, se reservaba para sí informaciones que, tal vez, podían proporcionarle algún beneficio.

—De todos modos, gracias, Nora —se despidió, con una sonrisa de circunstancias.

Apenas había probado el licor que le había servido Nora y, al salir, se dirigió a la barra, donde pidió una cerveza. La conversación le había dejado la boca seca.

Detrás del mostrador, había un espejo colosal que permitía una amplia visión de la sala. Al mirar casualmente, divisó a Mary hablando con una compañera. Esta le decía algo al oído y Mary asintió, a la vez que se mordía los labios.

La joven pasó por su lado. Kyle la vio muy preocupada por algo que no podía comprender en aquellos momentos. Impulsivamente, sin comprender muy bien por qué lo hacía, Kyle abandonó el mostrador y siguió a Mary.

Al llegar a la puerta que comunicaba con los departamentos interiores del local, oyó voces y gritos de súplica. Kyle avanzó unos pasos más y entonces pudo presenciar una escena singular.

Nora sujetaba a Mary por un brazo con la mano izquierda, mientras que con la otra la golpeaba ferozmente. La muchacha trataba de defenderse como podía, a la vez que pedía clemencia.

—¿Clemencia, zorra? Has sido una estúpida al traerme a ese entrometido al despacho...

De repente, en uno de los movimientos del forcejeo, se rompieron

los tirantes del sujetador y los senos de la muchacha quedaron enteramente al descubierto. Algo revoloteó por el aire y cayó al suelo.

Nora se inclinó, recogió el billete y lo paseó por la cara de Mary.

—Esto te ha dado, ¿verdad? —aulló—. Perra asquerosa, sabías de sobra que no tenías que avisarme mientras yo estuviera ocupada... Mary Feldon, estás despedida. Lárgate inmediatamente, ¿me oyes? Vístete y sal de aquí antes de diez minutos o te echaré a la calle como estás.

La joven trató de cubrirse el pecho desnudo.

—Mi salario...

—Ven mañana a cobrarlo. Ahora no quiero verte más, maldita estúpida. ¡Vamos, fuera de aquí!

Mary se volvió. En el paroxismo de la cólera, Nora le

asestó un puntapié en las posaderas. La chica, llorando a lágrima viva, corrió hacia el vestuario, mientras Kyle, discreto, emprendía una prudente retirada, felicitándose de haber sido testigo de una escena poco agradable, pero sin haber sido visto por las protagonistas.

* * *

La puerta de servicio se abrió y Mary Feldon, con el bolso colgado del hombro, salió a la calle. Una sombra oscura se destacó de la pared y ella emitió un breve grito de susto.

—No tema —sonrió Kyle—, Soy yo, Mary. ¿Puedo acompañarla a su casa?

Ella le miró con curiosidad.

—¿Qué pretende? —inquirió.

—Soy el culpable de su despido, Mary. Lo siento tantísimo. No sé qué excusa darle...

—¿Cómo sabe que me han despedido?

Kyle agarró su brazo.

—Tengo el coche cerca —dijo—. Por casualidad, me asomé a la puerta que da al interior y presencié la discusión entre usted y Nora. Bueno, era ella sola la que discutía y no se sentía muy satisfecha de que le hubiera transmitido mi deseo de verla. ¿No es así?

Mary suspiró.

—Esa mujer tiene un genio infernal —repuso—. Es cierto que ha dado la orden de que no se la interrumpa cuando tiene una visita, pero yo no lo sabía en esos momentos. La verdad es que hacía tiempo ya que buscaba una excusa para despedirme.

—¿Por qué, Mary? —preguntó Kyle, a la vez que abría la portezuela del coche.

—El local no es del todo... decente. En alguna ocasión, ha querido mandarme a un reservado con algún cliente. Yo siempre me he negado

y eso la disgustaba. Señor Kyle...

—Mark, por favor —sonrió el joven.

—Bien, Mark, no soy una puritana y conozco lo que pasa entre una mujer y un hombre, pero tampoco me gusta ser objeto de placer para un vicioso. Usted me entiende, ¿verdad?

—Perfectamente. Si un hombre no le gusta, ¿por qué someterse a su voluntad? Pero, de todas formas, ha perdido el empleo por mi culpa...

—Bah, no me importa. Un día u otro hubiera acabado por despedirme yo misma. La situación se había tornado ya poco menos que insoportable. Tengo estudios secundarios, hice un curso de programadora de ordenador... Hay una fábrica donde necesitan siempre gente... Ganaré algo menos, pero viviré tranquila y, sobre todo, estaré vestida.

—No está mal. Lo celebro, Mary.

—Además, hoy Nora tenía doble motivo para sentirse furiosa. Sorprendí a Calloway, el tipo que estuvo en la cárcel con su antiguo amante, Bill Grogan.

Kyle se puso rígido al oír aquellas palabras.

—¿Calloway estuvo preso con Grogan?

—Sí, y eso lo sé yo sin necesidad de que me lo haya contado nadie. Es de dominio público, Mark.

—Comprendo. ¿Qué más sabe de Calloway?

—He oído decir que es un tipo muy listo, capaz de engañar al mismísimo demonio.

—Si estuvo preso, no es demasiado listo —rió Kyle.

—Bueno, cometería algún error... ¿Por qué le preocupa ese tipo?

—Se han perpetrado dos asesinatos. Una buena amiga mía está amenazada de muerte. Quiero evitar que le suceda algo, eso es todo.

—Ignoro qué pueda saber Calloway, si no, se lo diría. No tengo por qué guardar ciertos secretos. Pero a veces sospecho que Nora y Calloway están preparando algo «non sancto».

—¿De veras?

—El viene con mucha frecuencia y se encierra con Nora en cuanto llega. Hoy, sin embargo, pude oírle a Calloway mencionar a un tipo... como si fuese alguien que vaya a ayudarles, un tal Dickie Lobston. Por lo poco que pude escuchar, Lobston también estuvo en presidio.

—¡Caramba con las amistades de Nora! —se asombró Kyle—, ¿No queda nadie que no haya estado en la cárcel?

—Ella es así, y además tiene un carácter horrible... Bue no, Mark, creo que ya estamos llegando a mi casa.

Kyle arrimó el coche a la acera. Al detenerse, Mary le dirigió una larga mirada.

—¿No te gustaría tomar una copa conmigo? —propuso.

Kyle meditó unos instantes.

—No querría que hicieses algo contra tu voluntad, sólo por gratitud...

—Bien, no puedo pagarte con dinero. De alguna forma he de agradecerte que me hayas traído a casa.

—Mary, no me provoques. Además, en todo caso, soy culpable...

Ella se echó a reír, a la vez que le agarraba de una mano y tiraba de él hacia afuera.

—Si eres culpable, aceptaré tus excusas —dijo—, Y procura que sean convincentes, ¿me oyes?

—Intentaré hacerlo lo mejor que pueda —rió Kyle.

En el transcurso de la noche, Kyle, durante lo que él definió para sí como «entre actos», consiguió averiguar algunos datos más de Lobston. Uno de los datos se refería a un episodio que le intrigó notablemente y se prometió completar el informe al día siguiente.

Los brazos de Mary eran suaves, sedosos, los labios poseían una agradable calidez y el cuerpo era una pura llama. Al fin, cerca de la madrugada, agotados, se durmieron, estrechamente abrazados.

* * *

Polly se aseó después de levantarse y bajó a la planta, dispuesta a retirar las alarmas caseras que había instalado por consejo de Kyle. Al terminar, entró en la cocina para desayunar.

Virginia le puso un plato delante.

—Tiene una visita —dijo.

Polly se sorprendió al oír aquellas palabras.

—¿Una visita? —repitió.

—Sí. Dijo que es conocido suyo y que no tenía prisa. Espera en su despacho.

—Iré a verle inmediatamente...

—No se preocupe. Desayune primero.

—Pero si es el señor Kyle...

—No, no es el señor Kyle, señorita.

Polly no quiso aguardar más y volvió a ponerse en pie.

—Desayunaré más tarde, Virginia —dijo, a la vez que echaba a andar hacia la puerta.

Al llegar a su despacho, vio a un hombre sentado en su sillón, con los pies encima de la mesa.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Quién le ha dado permiso para...?

Danny Calloway sonrió maliciosamente.

—No te asustes, nena —contestó—. He decidido que, a partir de hoy, ésta va a ser mi casa. Bueno, no tanto como eso, pero si el lugar donde voy a hospedarme, ¿comprendes?

—¿Se ha vuelto loco? —gritó la muchacha—. Nos conocimos hace

años y yo seguí sus consejos financieros, pero eso fue todo. Lo que pasó entonces no le concede ningún derecho sobre mí y mucho menos el de quedarse en esta casa como huésped permanente.

Calloway simuló echarse aliento sobre las uñas y se las frotó contra la solapa de su chaqueta.

—Nena, tú invertiste cierta suma en el negocio que te propuse, ¿no es cierto?

—Ese dinero sirvió para que usted consiguiera una buena ganancia. De acuerdo, yo también gané bastante, pero...

—Pero nunca te has preguntado por los motivos de lo que yo considero fue una ganancia excesiva.

—Bueno, no entiendo mucho de finanzas. Usted me garantizó determinados beneficios y el asunto dio resultado, eso es todo.

—Sí, dio resultado, pero a costa de unos cuantos incautos que se dejaron embaucar. ¿Sabes que por ello fui a la cárcel y estuve a la «sombra» un par de años?

—No tenía la menor idea —declaró Polly, asombrada—. No creo que fuese una estafa...

—Lo era, y tú fuiste mi cómplice.

Polly creyó que se desmayaba.

—No es cierto. Yo no hice nada deshonesto...

—Percibiste una gran suma de beneficios y se puede demostrar que fueron conseguidos ilegalmente. Si, preciosa, yo conservo esas pruebas y podría enviarte a la cárcel, pero no lo haré, si me aceptas como huésped fijo en tu casa. Ya ves, ni siquiera te voy a pedir dinero. Sólo quiero alojamiento, comida, cama... no tu cama, claro... Ah, y una habitación en la que instalaré mi despacho para recibir a cierta clase de visitas cuando alguien venga a verme. ¿Está claro?

Polly miró al sujeto fijamente. Calloway, se dijo, no hablaba en broma. Y si ahora había elegido Seven Oaks Hill para hospedarse y tener allí un despacho de negocios, era porque había planeado algún acto completamente reñido con la ley.

Se preguntó qué debía hacer. ¿Podía interferir Calloway las actividades que pensaba desarrollar en la casa?

—¿Qué pasaría si no accediera? —preguntó.

Con gesto displicente, Calloway arrojó un grueso sobre hacia la mesa. El sobre resbaló sobre la pulida superficie y Polly lo recogió instintivamente en el aire, antes de que cayera al suelo.

—Ahí están las pruebas de tu complicidad —anunció—. Fotocopias, claro, para que te convenzas de que hablo muy seriamente. Guardo los documentos originales y si te negases a hacer lo que te pido, antes de veinticuatro horas estarían en poder del fiscal. Otras veinticuatro horas más tarde, tú estarías en la cárcel. Lo comprendes, ¿verdad?

Polly mantuvo el sobre apretado contra el pecho.

—¿Cuál es el negocio? —preguntó.

Calloway hizo un amplio ademán.

—Ese no es asunto tuyo —respondió—. Yo me ocuparé de la clientela, simplemente. Por supuesto, no todos los días comeré aquí, pero la casa será siempre mi refugio... y el lugar donde pienso recibir a clientes muy distinguidos. ¿Alguna pregunta, encanto?

La muchacha reflexionó un momento.

Ella estaba segura de su inocencia, pero los documentos, se dijo, podían comprometerla.

¿Quién podría asesorarla debidamente acerca de lo que debía hacer?

¿Mark Kyle?

Pero, ¿podía confesarle que el dinero que poseía había sido conseguido por métodos ilegítimos?

Las dudas torturaban su ánimo agudamente, pero no se sentía capaz de llegar a una decisión. Por el momento, sólo podía hacer una cosa:

—De acuerdo, Danny —se resignó.

CAPITULO VII

Polly pasó una noche infernal, durante la cual apenas si pegó ojo, tratando de encontrar una solución para el conflicto que se le había planteado tan inesperadamente. Meditó mucho, concibió ideas que luego le parecían puros disparates, y, al fin, llegó a una solución que le pareció la más adecuada.

Tenía que librarse de Calloway, porque si no lo hacía, aquel hombre se adueñaría de su existencia. Su vida se convertiría en un infierno y era algo que le resultaba insoportable. No, no podía aceptar las condiciones impuestas por aquel sujeto, aunque, por el momento, simulase estar resignada a sus demandas.

Y luego, se estremeció, podía venir lo peor. Ya lo había intentado antes en una ocasión, aunque ella se había resistido. Calloway, sin embargo, no había presionado demasiado sobre el asunto, tratando de echarlo a broma.

Pero, ¿qué pasaría ahora si, como todos los indicios apuntaban allí, iba a tener a Calloway como «socio» durante mucho tiempo?

Tal vez años y ahora Calloway no se resignaría a una negativa. Insistiría, bajo la amenaza de aquellos documentos, y el solo hecho de pensar que acaso tendría que convertirse en su amante, le causaba una viva repugnancia.

—Es mejor afrontar las consecuencias, por duras que sean —se dijo, cuando, por la mañana, después de desayunar, se encerró en su despacho para hacer una llamada telefónica.

A los pocos momentos oyó una voz harto conocida y ello la hizo sentirse un poco mejor.

—¡Mark! Soy Polly. Necesitarla hablar con usted... Consejo legal, por supuesto —manifestó.

—¿Tiene problemas? Creí que todo había quedado resuelto satisfactoriamente, después de realizada la operación de compra —respondió el joven.

—No, no se trata de Seven Oaks —dijo la muchacha—. Es algo... Bien, no me parece prudente tratarlo por teléfono. ¿Puede darme hora para consulta en su despacho?

Kyle echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Polly, ¿no podría ser por la tarde? Antes de las cinco, claro. Es que ahora tengo que asistir a una visita preliminar en un juzgado y no

me gustaría dejar colgado a mi cliente. El juez podría ofenderse y resultaría pernicioso para el caso. Luego he de hacer una visita imprescindible... Pero si es muy urgente...

—Oh, no, en absoluto. Puedo esperar hasta... ¿las cuatro de la tarde?

En aquel momento, se abrió la puerta del despacho. El rostro cínico de Calloway se hizo visible en el acto.

—Sí, a las cuatro —accedió Kyle.

—No, repito que lo siento, señora. Ya tengo una sirvienta y no necesito más. Lamento que la hayan informado mal, señora.

Polly colgó el teléfono y dirigió a Calloway una sonrisita.

—Era una mujer que pretendía colocarse como sirvienta —explicó—. ¿Necesita algo de mí, señor Calloway?

—Puede llamarme Danny —dijo el sujeto desenvueltamente—. Escuche, he quedado citado con un cliente para las once de la mañana. Puesto que todavía no me he instalado en mi despacho propio, ¿podría cederme el suyo durante una hora aproximadamente?

Polly se puso en pie e hizo un ademán con la mano.

—Es todo suyo —contestó.

Mientras salía, se preguntó qué habría dicho Kyle al oír sus últimas palabras. Seguramente, habría pensado que estaba loca...

Kyle había oído, en efecto, aquellas frases, y contempló el teléfono con ojos desconcertados.

—¿Por qué diablos ha dicho esto? —masculló.

Polly había colgado, estaba seguro, porque había percibido el chasquido que indicaba el final de la comunicación. ¿Acaso había alguien escuchando sus frases y ella no quería que se enterase de que estaba hablando con su abogado?

—En fin —suspiró—, a las cuatro saldré de dudas.

Bastante antes, sobre las doce, se decidió a ir en busca de Dickie Lobston, el hombre del que Mary le había contado algunas cosas muy intrigantes.

Era preciso confirmar aquellos informes de labios del propio interesado.

* * *

Cuando se disponía a llamar a la puerta del apartamento donde vivía Lobston, vio llegar a un sujeto que, según parecía, tenía las mismas intenciones.

El hombre era de mediana estatura, delgado, de nariz afilada y mirada furtiva. Vestía más bien modestamente y, aunque no llevaba remiendos en las ropas ni grietas en los zapatos, era evidente que sus finanzas no atravesaban por un buen momento.

—¿Viene usted a ver a Lobston? —preguntó Kyle.

El sujeto vaciló. Kyle adivinó sus aprensiones.

—No soy policía ni tampoco detective privado. Sólo un modesto... picapleitos —añadió el joven.

Quería tranquilizar al sujeto. Le parecía sentía cierta ansiedad y si venía a visitar a Lobston, era porque lo conocía. Acaso, más tarde, podría ampliar sus informes, mediante una recompensa, se dijo.

—Mi nombre es Kyle, Mark Kyle —se presentó—. ¿Es usted amigo de Lobston?

El otro hizo una mueca.

—Me llamo Buddy Japhill y, por si acaso, le diré que en estos momentos estoy en paz con la ley. Así que no piense nada malo de mi...

—Ni se me ocurriría siquiera, señor Japhill —rió el joven—, ¿Entra usted primero?

Japhill se restregó los pies contra el suelo.

—Lobston me debe una cantidad —gruñó—. Le hice un trabajo, pero sólo me pagó la mitad por adelantado. Me he cansado de llamarle, sin que se haya dignado darme una respuesta. Ahora vengo a buscarla y lo conseguiré, sea como sea.

Kyle se fijó en que la mano del sujeto estaba metida en el bolsillo derecho de la chaqueta.

—¿Una navaja automática? —murmuró.

Japhill dio un respingo.

—Bueno, si no le doy un susto...

—Buddy, no saque la navaja. El otro podría pegarle un tiro y lo considerarían como legítima defensa. Y si no está armado y usted le amenaza y se le va la mano... ¿cree que un puñado de dólares merecen la pena de veinte años de cárcel?

Japhill emitió un bufido.

—Es un trato en el que no hay papeles escritos. No puedo reclamar judicialmente —se quejó.

—¿Por qué no me cuenta a mí lo que pasa? —sugirió el joven—. Soy abogado. Usted me acaba de contratar... No se preocupe por el pago de honorarios, no me corre prisa en absoluto. Pero si me habla como si fuese mi cliente, usted sabe que debo guardar secreto absoluto sobre sus manifestaciones.

—Bien mirado... no está mal contar con los servicios de un abogado. A Lobston le impresionará bastante saber que vengo con usted para reclamarle la «pasta».

—¿Es grande la cantidad adeudada?

—Quinientos. Me pagó otro tanto, cuando hice el trabajo, pero luego, si te he visto no me acuerdo —respondió Japhill amargamente.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó Kyle.

Japhill remoloneó un poco.

—No fue una cosa... honesta —rezongó.

—Vamos, vamos, cuénteme —Kyle quería conocer la mayor cantidad de detalles posibles acerca de un sujeto de cuya moralidad tenía pésimos informes—. Le aseguro que no diré nada y, si se trata de algo delictivo, podré librarle de un apuro. Siempre se puede alegar, por ejemplo, estado de necesidad, falta de trabajo... y la tentación de ganar algún dinero con el que conseguir lo más preciso para sobrevivir.

El sujeto sonrió.

—Oiga, ¿sabe que tiene un pico de oro? Está bien, se lo contaré todo. Lobston me contrató para que le abriese la puerta del despacho de un colega suyo... Yo no entré, desde luego, pero es una puerta reforzada y se necesitaban los servicios de un «especialista» ... Él me dijo que tenía que recuperar unos documentos que le comprometían mucho, que el picapleitos le estaba haciendo chantaje... En fin, mil dólares son mil dólares y cedí —Japhill se irguió, orgulloso—. Aquí, donde me ve, tengo unos dedos de ángel —añadió, muy ufano.

—Los ángeles no se dedican a abrir puertas ajenas —son rió Kyle.

—Ya, ya sé, sólo abren las puertas del cielo... Bien, eso es todo, señor Kyle. Yo no entré, por supuesto, me quedé fuera, esperando. No me interesaba lo que pudiera haber en el despacho de aquel abogado.

De repente, Kyle concibió una sospecha.

—Buddy, ese abogado, por casualidad, ¿se llama Rasselar?

—Pues... sí —exclamó Japhill, admirado—, ¿Cómo lo sabe usted?

El joven ocultó una sonrisa.

—Me lo contó el otro día.

—¿Va a denunciarme? —preguntó Japhill con ansiedad.

—Ni lo sueñe, Buddy. Usted cometió un delito, cierto, pero tampoco hizo nada grave. Las culpas, principalmente recaerán sobre Lobston... si usted se decide a declarar como testigo contra él.

—Lo haré si no me paga —gruñó el sujeto.

—Está bien. ¿Llamamos...? Ah, una última pregunta, Buddy. ¿Qué hizo Lobston después de salir del despacho de Rasselar?

—No lo sé. Lo único que puedo decirle es que llevaba un sobre un tanto abultado, como si contuviera documentos de importancia. Dijo que eran las pruebas del chantaje que le hacía Rasselar y ya no me importó lo que pudiera suceder después. Aunque, desde luego, sí puedo asegurarle una cosa: nos detuvimos unos minutos en un descampado y quemó el sobre con todo lo que contenía en su interior.

Kyle hizo un gesto de comprensión. En el sobre no había pruebas contra Lobston. Sólo un testamento y había sido destruido, a fin de favorecer a un hombre actualmente en presidio.

—Vamos a ver qué dice Lobston —sonrió.

Tocó el timbre, pero no hubo respuesta. Al cabo de unos minutos, se persuadió de que Lobston no estaba en la casa y así se lo dijo a su accidental acompañante.

Japhill sacudió la cabeza.

—Eso es imposible —alegó—. Lobston es pájaro nocturno. Rara vez se acuesta antes de las tres de la madrugada y suele dormir hasta el mediodía. A menos que le hayan encomendado un trabajito urgente y muy bien pagado.

—¿Qué clase de trabajo? —inquirió Kyle.

Japhill no contestó. Había sacado algo de un bolsillo y Kyle le vio manipular en la cerradura con unas cuantas ganzúas, hasta conseguir abrir la puerta.

—Paso franco, abogado —anunció, satisfecho.

Kyle cruzó el umbral. Apenas había dado un par de pasos en el interior, se quedó quieto, inmóvil, con los ojos muy abiertos y la respiración en suspenso.

Detrás de él, Japhill lanzó una sonora exclamación:

—¡Cristo! Me parece que no voy a poder cobrar lo que me debía.

Kyle se dijo que el sujeto tenía razón.

—Los muertos no pagan sus deudas —murmuró.

CAPITULO VIII

Dickie Lobston estaba sentado en un sillón, con las manos apoyadas en los brazos del mueble y la cabeza doblada sobre el pecho. En el centro de la camisa, se veía un agujero del que había manado una considerable cantidad de sangre.

—Lo han matado de un tiro, pero las paredes no parecen estar insonorizadas —dijo Kyle al fin, cuando se hubo rehecho de la sorpresa recibida.

—El asesino utilizó un silenciador casero —declaró Japhill.

Avanzó unos pasos, se inclinó y levantó del suelo una almohada, en la que se veían unas manchas negruzcas, de inconfundible significado.

Kyle asintió. La almohada había servido para apagar el disparo, si no de una forma total, sí al menos de modo que los vecinos pudieran confundir la detonación con un portazo.

—¿Por qué le habrán matado, Buddy? —murmuró.

Japhill se encogió de hombros.

—Abogado, Lobston anduvo siempre en malas compañías. Son gente que no admite bromas. Tal vez hizo algún trato y luego se arrepintió... O quiso pedir más dinero, después de haber concertado una cantidad... Los amigos de Lobston suelen cumplir su parte del trato, pero no les gusta que otros se desdigan más tarde, después de haber aceptado las condiciones.

El sujeto tosió.

—O quizá dio un «soplo» de algo...

—¿Usted cree?

—Sólo son suposiciones y yo he perdido quinientos pavos, pero voy a ver si recupero algo —contestó.

—Buddy, no toque nada. Voy a avisar a la Policía —anunció el joven.

—Espere, hombre, concédame sólo cinco minutos.

Japhill sacó unos finos guantes de goma y se los puso rápidamente. Registró al muerto, sacó su billetera, extrajo varios billetes de cincuenta dólares y se los embolsó con toda desenvoltura.

La billetera quedó en su sitio y las ropas del muerto en la misma posición. Luego, Japhill, resueltamente, se dirigió al interior de la casa.

Kyle, desconcertado, quedó en el mismo sitio. De pronto, oyó la voz

del ladrón:

—Abogado, venga y sabrá qué clase de trabajos hacia Lobston.

Kyle avanzó a grandes zancadas y se detuvo instantes después ante la entrada de lo que parecía un bien dotado estudio de dibujante.

Japhill presionó una tecla, se encendió una lámpara y, sobre una pantalla, apareció la imagen de un billete de veinte dólares.

—Falsificación —dijo Kyle.

Japhill le enseñó un puñado de papeles de grandes dimensiones.

Kyle tomó uno de ellos y lo estudió con gran atención. Luego, solemnemente, lo dobló y lo guardó en uno de sus bolsillos.

—Buddy, de todo esto, ni una sola palabra —dijo.

—Sí, señor —contestó el sujeto.

—¿Cuánto le ha sacado al muerto?

—Trescientos setenta, señor.

Kyle sacó su billetera y contó el resto de la suma hasta quinientos. Pero antes de entregárselos, le miró fijamente.

—Bajo la condición de declarar la intrusión de Lobston en el despacho del abogado Rasselar, si se lo pido algún día —dijo.

Japhill levantó su mano derecha.

—Prometido —contestó.

Kyle le entregó el dinero.

—Bien. Buddy, ya es hora de llamar a la Policía —sonrió.

A las cuatro de la tarde, Kyle estaba en su despacho y recibió a Polly con amistosa cortesía. La acomodó en un diván, preparó café y después de servirla, se sentó frente a ella.

—Soy tu abogado —dijo—. Empieza cuando gustes.

Ella había traído un gran bolso de rafia, de donde extrajo un sobre de buenas dimensiones, que pasó en el acto a las manos del joven.

—Perdona un momento —murmuró Kyle.

Sacó unas gafas del bolsillo izquierdo de su chaqueta, se las puso y luego extrajo los primeros documentos del sobre.

Durante un buen rato, sólo hubo silencio en la sala. Al fin, Kyle alzó la cabeza y se quitó los lentes.

—Conque es esto —murmuró.

—Sí —respondió Polly—. Mark, te juro que yo lo ignoraba en aquel momento. El asunto me pareció perfectamente legítimo. Incluso él me presentó a un abogado... dijo que no quería utilizar el suyo, para que no creyera actuaba a su favor... El abogado me dijo que todo estaba perfectamente en regla y yo piqué como una tonta... ¿Cómo podía suponer entonces que...?

—El abogado era el clásico compinche del estafador, puestos previamente de acuerdo —dijo Kyle—, Ningún abogado decente se hubiera prestado a estas sucias maniobras, salvo uno que yo conozco y que no tiene nada de honesto. Pero eso no sucedió en Hartbone,

¿verdad?

—No, en Los Angeles.

Kyle movió la cabeza con gestos afirmativos.

—Esta clase de tipos son muy listos, aunque, a la larga, siempre acaban perdiendo. Pero, ¡caramba!, ganaste casi doscientos mil dólares... ¿A cuánto ascendía la inversión inicial?

—Cincuenta mil, Mark.

—No era una fruslería, precisamente. ¿Tenías ya ese dinero?

—Sí. Era parte de la herencia de mi abuela, que no podía ser vinculada a los bienes de mi padre. Me dejó unos setenta mil dólares en buenas acciones y bonos del gobierno. Y como yo pretendía establecerme por mi cuenta y fundar un buen negocio...

Polly puso cara de tristeza.

—Ahora, todo se lo llevará la trampa. Tarde o temprano, se descubrirá el asunto y mi negocio no podrá empezar siquiera.

—¿Qué negocio, Polly?

—En Hartbone no hay escuelas de lo que yo puedo enseñar. Lo supe en una exploración previa... «Aerobic», danza gimnástica... Bueno, lo que está de moda actualmente y que, con franqueza, da unos buenos resultados para el cuerpo y la mente.

Kyle sonrió.

—Hubiera sido una buena idea, en efecto —convino.

—Con lo cual quieres decirme que tendré que renunciar a ella.

Kyle agitó los papeles que Polly le había entregado.

—Siento desilusionarte. Calloway tiene razón, estos documentos podrían enviarte a la cárcel. Pero si devuelves el dinero, el juez podría aceptar tu alegato de ignorancia y te declararía inocente.

—Y perderé, incluso, los cincuenta mil que invertí...

—No. Tú estás obligada solamente a devolver el dinero adquirido ilegalmente, más los intereses adecuados, que fijará el propio juez.

—Calloway no querrá...

—Se sabrá quiénes fueron las víctimas. Los estafadores, generalmente, van a la cárcel, porque no devuelven el dinero. Se lo han gastado, lo han invertido en otros negocios... Pero si tú devuelves lo que recibiste como ganancia, no tendrás problemas.

—Tendré uno, Mark. La casa de Seven Oaks. Está paga da con parte del dinero que recibí de Calloway.

—Eso tiene fácil arreglo. La casa es tuya, pero puedes pedir una hipoteca a largo plazo, a fin de reintegrar las sumas ganadas con malas artes. Luego, empiezas a trabajar en tu escuela... En un par de años, podrías salir a flote, Polly.

La muchacha pareció sentirse más aliviada.

—Ahora me encuentro mejor —sonrió—. He pasado una noche infernal, te lo aseguro. Pero... —exclamó de pronto—, Calloway va a

empezar a trabajar en seguida... Seguramente, atraerá incautos para desplumarles...

—De Calloway me encargaré yo. Como suele decirse, es mejor darle sogas hasta que llegue el momento de dar el tirón que ponga coto a sus fechorías. Por cierto, esta mañana hablabas con una sirvienta...

Polly se echó a reír.

—Era Calloway. Entró en mi despacho y no quise que supiera que estaba hablando contigo.

—Chica lista —dijo él afectuosamente—. Repito, de Calloway me encargo yo. Actúa con normalidad y no le des a entender lo que sabes de él.

Kyle hizo una pausa, frunciendo el ceño. Al cabo de unos segundos, agregó:

—Tengo la impresión de que Calloway está mezclado en el caso de los testigos asesinados. Estuvo preso con Bill Grogan y es muy posible que, entre los dos, hayan montado ese negocio que él piensa desarrollar ahora en tu casa.

—Entonces, ¿por qué asesinar a los testigos? —preguntó ella con toda lógica.

—Eso es, precisamente, lo que quiero averiguar —respondió el joven.

El teniente Robeson fue a ver al joven aquella misma noche. Kyle estaba tranquilamente en su casa, leyendo un libro, y se sorprendió mucho de ver al policía.

—Creí que lo habíamos hablado todo este mediodía —dijo.

Robeson hizo una mueca.

—¿Puedo pasar?

—Disculpe —Kyle se echó a un lado—. No he sido demasiado cortés... ¿Le apetece un trago?

El policía exhaló un profundo suspiro.

—No me vendrá mal —aceptó—. He llevado un día de todos los diablos...

Kyle sonrió, mientras señalaba un sillón con escabel.

—Alivie sus pies —dijo.

Robeson se sentó, visiblemente satisfecho. Kyle le entregó a poco un vaso con whisky y un par de cubitos.

—¿Usted no toma? —preguntó Robeson.

—Ya ha pasado mi hora —sonrió el joven.

Presentía que Robeson iba a decirle algo interesante, pero no quería apremiarle. Sentándose frente a él, sacó cigarrillos y le ofreció uno.

Los dos hombres fumaron en silencio. Al cabo de un rato, Robeson sacó un sobre de buen tamaño y lo puso en manos del joven.

—¿Qué es esto? —preguntó él, sorprendido.

—Ábralo y lo verá.

Kyle hizo lo que le decían. A los pocos segundos, lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Cómo lo ha conseguido? —quiso saber.

—Lo encontramos en casa de Lobston. Hicimos un registro a fondo, sobre todo, después de lo que se podía apreciar a primera vista. Créame, pusimos el apartamento patas arriba. Oculto en un hueco justo del tamaño y profundidad iguales a las dimensiones del sobre, pero cubierto por el empapelado... Y allí estaba, y también encontramos otros huecos, con distintas pruebas de sus actividades, entre ellas, dos hermosas planchas de billetes de veinte dólares.

—Quería emitir su propia moneda, ¿eh?

—Eso parece, aunque, según se ha visto, alguien le hizo ver que no era una actitud honesta. Y se lo reprochó, con un certero disparo de pistola calibre treinta y ocho.

Kyle meditó unos instantes.

Las falsificaciones de Lobston tenían poco que ver con su muerte.

Para él, los motivos del asesinato consistían en el sobre que tenía en su poder. Lobston lo había sustraído del despacho de Rasselar. puesto, sin duda, de acuerdo con éste, pero luego, en lugar de destruirlo, había preferido guardarlo.

Japhill le había visto quemar un sobre, pero era de noche y, seguramente, no se dio cuenta de que era otro distinto. O tal vez, Lobston, bien informado, había preparado uno idéntico al que contenía el testamento de Thelda Brightell.

No había otra explicación posible, resumió así sus pensamientos sobre el tema.

—Pero me asalta una duda —dijo de pronto.

—¿Sí, abogado?

Kyle volvió a mover el sobre.

—Estaba en el despacho de Rasselar. ¿Por qué no se lo ha devuelto a él, puesto que estaba encargado de su custodia?

Robeson sonrió maliciosamente.

—Usted actúa ahora para la señorita Brightell. Devuélvaselo usted mismo a Rasselar —contestó.

—¿Y si no lo hago?

El policía se encogió de hombros.

—Esto ya no es asunto mío. En todo caso, consúltelo con su cliente y haga lo que ella le ordene —respondió.

Robeson quitó los pies del escabel y se incorporó.

—Ha sido una entrevista muy agradable. Gracias por el whisky y los minutos de descanso —dijo.

—Soy yo quien debe darle las gracias, teniente.

—Thelda Brightell es toda una institución en Hartbone. No permita que saqueen su fortuna.

- Eso le gustaría mucho a su sobrino.
- Está en la cárcel.
- También desde la cárcel se pueden dirigir operaciones financieras, teniente.
- El director es buen amigo. Pediré que vigilen a Grogan.
- No es mala idea —aprobo Kyle.

CAPITULO IX

El coche esperaba fuera del camino, en una pequeña explanada herbosa, situada al otro lado de unos espesos arbustos. El hombre llegó junto al automóvil y se detuvo junto a la portezuela, contemplando a la conductora con la sonrisa en los labios.

—Has sido puntual —dijo.

—Siempre lo soy —contestó Nora Olsen.

—Está bien. ¿A qué esperamos, preciosa?

—Bill, un momento —dijo ella—. Tengo que decirte...

—Luego —gruñó el hombre.

Agarró la mano de Nora y tiró de ella hacia afuera. Nora cayó sobre la hierba y él le levantó las faldas con avidez, a la vez que emitía gruñidos que no tenían nada de animales.

Momentos después, Nora se levantó y se arregló las ropas desordenadas.

—¿Satisfecho el caballero? —preguntó.

El soltó una risita.

—No ha estado mal —contestó—. Anda, vamos...

—Aguarda —dijo Nora con resolución—. Antes de seguir adelante, tenemos que hablar.

Bill Grogan hizo un gesto de impaciencia.

—Creí que lo teníamos todo dicho —respondió.

—Escucha. Te has embarcado en un juego muy peligroso...

—Todo es absolutamente seguro. Nadie sospecha de mí. Piensan que tengo algo que ver con el asunto, pero, primero, no lo pueden probar. Segundo, no lo hace otro en mi lugar, sino que lo hago yo en persona. Entonces, ¿qué te preocupa?

—Esto precisamente. ¿Qué sucederá si un día descubren...?

—No lo descubrirán —aseguró Grogan con suficiencia—. Un veterano, que murió hace unos meses, me enseñó el truco. Él lo hacía para otra cosa distinta, aunque también obtenía provecho: saqueaba casas de ricos e iba almacenando para el día en que cumpliese su condena. No pudo disfrutar su botín, un día, sufrió un ataque al corazón y la «diñó».

—Y antes te había contado a ti ese secreto.

—Me hice muy amigo de él. Simpatizamos bastante. Cuando murió, conseguí que me trasladaran a su celda. Un día, hice la prueba, resultó

bien... y aquí estoy.

—¿Piensas seguir adelante con tu plan? —preguntó Nora.

Los ojos de Grogan centellearon.

—Hasta el último detalle —exclamó—. He tenido más de dos años para planear todo y no pienso desviarme un solo milímetro, hasta que lo haya conseguido.

—¿Convencerás así a tu tía?

—Si no la convenzo, usaré el otro procedimiento. En realidad, ya está hecho. El testamento quedó destruido y ahora soy su heredero, le guste o no.

Nora torció el gesto. Le parecía que había algún fallo en los proyectos de Grogan, pero no sabía encontrarlo.

—Todo pudo haber sido tan distinto —se lamentó—. Hubiéramos podido casarnos, vivir una existencia respetable, tal vez tener un par de niños...

—La culpa fue de mi tía —dijo Grogan rabiosamente—. Pudo haberme ayudado cuando me metí en aquel lio y no lo hizo. Yo sólo quería ganar un poco más de dinero para nosotros y cometí un error... Ese error, maldita sea, me llevó al presidio... Pero entre mi tía y los testigos me hundieron...

Nora le acarició la mejilla.

—No sigas, querido —dijo—. Anda, vuélvete...

—¡No! —contradijo él violentamente—. Llévame a la ciudad.

Nora se estremeció.

—¿Otro más?

—El último —respondió Grogan—. Después, mi tía.

Nora puso el coche en movimiento. Grogan pasó al asiento posterior y se acurrucó de modo que no pudiera ser visto por otros automovilistas.

—Bill, ¿cómo se llama el número tres? —preguntó ella súbitamente.

Grogan acarició la fina cuerda de seda que tenía en uno de los bolsillos de su uniforme carcelario.

—Lowry Madigan —contestó.

* * *

Lowry Madigan se defendió con las fuerzas que le daban la desesperación de saberse a punto de morir. El asesino no había podido actuar con comodidad y falló en parte su acometida, por lo que Madigan se debatió ferozmente, mientras luchaba con todas sus fuerzas contra el cordón que le impedía la respiración.

En uno de los forcejeos, Madigan consiguió desasirse y se puso en pie, aflojándose el lazo, para poder respirar. Grogan, enloquecido por la rabia, agarró una estatua de bronce y golpeó despiadadamente el

cráneo de la víctima.

Los huesos crujieron. Madigan se desplomó al suelo. Grogan lo contempló unos instantes, jadeando, con la frente cubierta de sudor.

—Maldito bastardo... —gruñó.

Al cabo de unos segundos, se dirigió a la ventana por la que habían entrado. Saltó fuera y corrió hacia el automóvil que aguardaba dos manzanas más lejos, metiéndose de un salto en el asiento posterior.

—Arranca, Nora —ordenó.

Ella obedeció la orden en el acto. El coche se deslizó por las calles casi desiertas, hasta llegar a las afueras. Al cabo de un rato, Grogan se irguió y se acomodó mejor en el asiento posterior.

—¿Tienes un cigarrillo? —preguntó.

Ella le pasó su bolso. Grogan hurgó hasta encontrar el tabaco. Inhaló el humo con verdadero placer.

—Madigan ya está listo —anunció.

Nora sintió un escalofrío.

—Si un día te descubren, te quedarás allí para siempre —dijo.

Grogan se echó a reír.

—¿Quién me va a descubrir? ¿Tú? Te meterían también en la cárcel y no lo harás, ¿verdad? Nadie conoce mi secreto, excepto tú, y el presidio es mi mejor coartada. A propósito, no te olvides luego de la llamada telefónica.

—Lo haré, Bill.

—Eso está mejor —Grogan lanzó a lo alto una bocanada de humo—. Ten un poco de paciencia, preciosa. Dentro de una semana, seré el heredero de mi tía. Nos aguardan dos millones de dólares para dentro de otros tantos años. Estoy muy bien considerado en el penal, soy uno de los bibliotecarios y tengo una celda para mí solo. Buena conducta, siempre respetuoso... Puede que esos dos años se acorten en seis meses, por lo menos. ¿Qué te parece?

—Si todo llegase a ser verdad... —suspizó Nora.

—Lo será, puedes estar segura de ello.

—Pero tienes que contar con Lobston. Lo asesinaron, ¿sabes?

Grogan frunció el ceño.

—No tenía la menor idea —manifestó.

—Alguien le pegó un tiro. Se supone que fue debido a un ajuste de cuentas. Ya sabes a qué se dedicaba, ¿no?

—¿Crees que Calloway ha tenido algo que ver con el asunto?

—No lo sé. Nadie sabe nada, excepto que Lobston está muerto.

—Bien, no importa. Oye, habla con Calloway en cuanto puedas y trata de sonsacarle, ¿eh?

—Lo intentaré, pero es un tipo que parece de cemento, cuando se cierra en banda —respondió Nora.

—Bueno, bueno, un par de arrumacos, un guiño... una sonrisa... Te

lo metes en el bolsillo y le sonsacas todo lo que quieras. Calloway no es inmune a los encantos del sexo femenino.

—Procuraré sonsacarle —dijo ella sin mucho entusiasmo. Nora volvió más tarde al «Barney's». Entonces, hizo la llamada telefónica que le había ordenado Grogan.

* * *

El teléfono sonó cuando Mark Kyle estaba en el mejor de los sueños y le hizo emitir un comentario poco agradable hacia la persona que se atrevía a despertarle a una hora intempestiva.

—Soy Kyle —dijo con voz soñolienta—. Si se ha equivocado de número, maldeciré a sus antepasados...

—¡Mark! Bill ha vuelto a llamarme... —Kyle oyó una voz próxima al histerismo—. Ha dicho que Madigan está muerto...

El joven se despabiló en el acto.

—¡Thelda! ¿Habla en serio?

—Si —contestó la anciana—. Ya he avisado a la Policía...

—Está bien. Me vestiré ahora mismo. No se preocupe, en seguida estaré en su casa.

Kyle colgó el teléfono y saltó de la cama. Apenas un cuarto de hora más tarde, entraba en la casa de Thelda Brightell.

La mujer estaba alteradísima.

—Era él, Mark... Reconocí su voz... No puedo confundirme... Dijo que yo sería su próxima víctima...

Kyle tomó las manos de la anciana y procuró confortarla.

—No puede ser Bill —dijo—. Está en presidio y él no sale de allí para nada. Sin duda, se trata de un bromista...

—Pero asesina a la gente —gritó Thelda.

—Bueno, eso es innegable. Pero las amenazas de ese individuo no pasan de ser una broma pesada, téngalo por seguro. A propósito, ¿ha dicho que usted será su próxima víctima?

—Sí, de eso estoy absolutamente segura, Mark.

Kyle se puso en pie y empezó a dar vueltas por la habitación, profundamente pensativo. Tres testigos habían muerto ya, precisamente aquellos cuyas declaraciones habían resultado más perjudiciales contra el acusado en el juicio.

Los restantes testigos tenían una importancia mucho menor. Kyle sabía que Grogan albergaba hacia su tía un insano rencor por no haberle ayudado a superar aquella mala situación.

Ahora anunciaba que Thelda sería su próxima víctima.

¿Cuánto tardaría?

De pronto, llamaron a la puerta.

—Abriré yo, no se preocupe —dijo.

Al abrir, se encontró de frente con el teniente Robeson. —Apuesto algo a que ya conoce la noticia —dijo el policía. Kyle asintió y se echó a un lado.

—Me lo dijo ella —respondió.

Robeson arqueó las cejas.

—¿Cómo se enteró?

—Se lo anunció el propio asesino, haciéndose pasar por su sobrino —explicó el joven—. Es más, después le prometió que ella sería la próxima víctima.

—Así es, teniente —confirmó Thelda—. Mark, muchacho, sírvele un trago. Y a ti también te conviene otro... y para mí, una copita de vino de Oporto.

Hubo una pausa de silencio. Después de servir las bebidas, Robeson se volvió hacia el joven.

—Yo no creo en la historia de que sea Grogan el asesino de esas tres personas —dijo—. Está en presidio y no sale para nada. Si sólo le faltasen seis u ocho meses, tal vez obtendría algún permiso o podría salir para determinados menesteres, pero nunca estaría fuera durante las horas de noche. Por tanto, tiene que ser otro.

—¿Un cómplice?

—¿Por qué no? Aunque, ¿cuál sería su beneficio en estos crímenes?

—Grogan piensa que puede ser el heredero de su tía.

—Si se demuestra que fue cómplice, aunque no ejecutor del asesinato, no heredaría ni un centavo.

—Entonces, habría que encontrar a ese cómplice, que es el verdadero asesino, y obligarle a hablar —dijo Kyle.

—Grogan lo negaría siempre. ¿Cómo probar, puesto que no habrá documentos escritos, que el asesino lo hizo por instigación suya? Nunca se demostraría su culpabilidad y la ley se cumpliría, otorgándole la posesión de la herencia.

—Usted está hablando de un caso en el que no existiera testamento, ¿verdad?

—Sí, pero existe y Grogan lo ignora. Lobston quiso guardárselo, en lugar de cumplir el acuerdo establecido con... con quien fuese, y yo lo encontré y se lo entregué a usted. No lo hemos dicho a nadie, de modo que, oficialmente, el testamento se ha perdido y, como no fue registrado, no existe.

—Pero yo dije a Rasselar que ella otorgaría un nuevo testamento... —arguyó Kyle.

—¿Lo ha hecho ya? —preguntó Robeson.

—¿Para qué? Teniendo el original, el nuevo testamento ya no es necesario.

—Callaremos la recuperación del original —propuso el policía—. De este modo, vamos a preparar la trampa para cazar al asesino.

—¿Cómo, teniente? —preguntó Thelda.

Robeson se volvió hacia la anciana.

—Usted será la trampa... pero no en persona —dijo.

—No entiendo, teniente.

—Una mujer policía, vestida con sus ropas y caracterizada de modo que el asesino crea que es usted misma, hasta que se dé cuenta del engaño y ya sea tarde. Si mis cálculos no yerran, el asesino atacará dentro de una semana justa... el intervalo que se ha producido entre cada asesinato.

Kyle chasqueó los dedos.

—¡Ya está! —exclamó—. Ese es el dato que me intrigaba y que no conseguía encontrar.

—Sí, un crimen por semana —dijo Robeson amargamente.

—Sin contar a Lobston, claro.

—Yo diría que es un caso aparte, aunque, en el fondo, tiene alguna relación con el asunto —dijo Robeson—. En fin, durante el resto de esta semana, prepararemos el asunto, pero, para mayor seguridad, a partir de esta misma noche, tendrá usted, señorita Brightell, un agente que la vigilará constantemente. ¿Le parece bien?

Thelda suspiró.

—De perlas, teniente.

CAPITULO X

Por la mañana, Kyle recibió una llamada telefónica:

—Mark, soy Polly. Me he enterado de lo ocurrido anoche. Debí de ser horrible...

—Sí, desde luego —convino el joven—. No resultó nada agradable, sobre todo, teniendo en cuenta que la próxima víctima anunciada es Thelda.

—¿Es posible? —se asombró la muchacha.

—Como lo oyes. El asesino volvió a llamarla, haciéndose pasar por su sobrino. Pero Grogan, claro, está en presidio y no pudo hacerlo.

—Tiene que ser un cómplice. Quieren aterrorizarla...

Polly se interrumpió de pronto.

—¿Ocurre algo? —preguntó Kyle.

—Sí, señor Calloway, como usted diga. ¿Necesitará el despacho todo el día? Por supuesto, no hay inconveniente... No, estaba hablando con el supermercado. He hecho el pedido de provisiones, pero me dicen que no pueden traerlo hasta más tarde, así que tendré que salir a almorzar, ya que en casa no hay apenas víveres...

Kyle felicitó mentalmente a la muchacha por su astucia. Colgó el teléfono. Polly le había dicho claramente que almorzarían juntos.

Se encontraron al mediodía. Kyle sonrió.

—Chica lista —dijo. Y se inclinó para besarla en una mejilla, cosa que, si sorprendió a Polly, no le desagradó en absoluto.

—Estaba Calloway delante —explicó ella más tarde, ya sentados a la mesa—. Quedaría mejor dicho que entró en el despacho sin pedir permiso, como si fuese el dueño.

—Bien, no te preocupes. Estoy preparando todo para tu defensa. A ese tipo le vamos a dar un disgusto cuando menos se lo espere. Ya te dije lo que iba a suceder. Estarás en apuros una temporada, pero saldrás adelante.

—Me encuentro completamente dispuesta a hacer los sacrificios que sean necesarios. Lo único que quiero es librarme de ese desaprensivo que me engañó tan miserablemente... Pero hablemos de Thelda. ¿Hay más noticias?

—No, que yo sepa. Esta vez, sin embargo, el asesino topó con una víctima de complexión muy robusta y falló el primer ataque, por lo que tuvo que golpearle con un objeto pesado, una estatuilla de bronce,

creo. Pero Madigan murió que, a fin de cuentas, es lo que pretendía el asesino.

—O Grogan —dijo Polly.

Kyle hizo un gesto de duda.

—Esos crímenes no le benefician, salvo que con ello quiera quitar el sueño a su tía. Es un ser perverso, sin sentimientos...

Polly levantó la mano.

—Mark, ¿te has preguntado alguna vez quién hace las llamadas a Thelda?

—El asesino, claro, utilizando la personalidad de su sobrino —respondió Kyle.

—¿Lo hace tan bien hasta el punto de que Thelda reconozca su voz sin ningún género de dudas?

—Sabrá imitarla...

—Es posible, pero también hay que tener en cuenta que el asesino ha hecho tres llamadas, una por cada crimen. ¿Cómo, dónde y cuándo ha aprendido a imitar la voz de Grogan?

—Eso es algo que convendría averiguar —dijo el joven pensativamente—. Y, la verdad, no se me ocurre ninguna idea.

—Una cosa me parece segura, Mark: el asesino está de acuerdo con Grogan. Y, naturalmente, espera obtener un saneado beneficio de sus crímenes.

Kyle se sentía desconcertado. Había, se dijo, demasiados misterios en el caso. ¿Qué diabólico plan había ideado Grogan para vengarse de su tía?

¿Quién o quiénes eran sus cómplices?

Consultó el reloj.

—Polly, lo siento, pero tengo que volver al trabajo. De todos modos, si Calloway te sigue molestando, me avisas en el acto.

—Así lo haré —prometió ella con radiante sonrisa.

Hacia las cuatro de la tarde, Kyle recibió una llamada telefónica.

—Soy Mary Feldon. ¿Estás muy ocupado?

—Hola, encanto —sonrió él—. ¿En qué puedo servirte?

—Quizá sea yo la que te sirva... si te cuento algunas cosas que se me pasaron por alto el otro día.

—Magnífico. Habla, Mary, te escucho.

—Primero, ¿sabías que Nora y Grogan eran... muy amigos? La palabra correcta, aunque algo anticuada en esta época, es amantes.

—No, no tenía la menor idea, aunque sí sabía que él había ido con frecuencia al «Barney's» —contestó el joven.

—Ella se llevó una terrible decepción cuando lo condenaron. Estuvo muy deprimida una temporada y hasta llegamos a pensar que se suicidaría, pero, por lo visto, superó la crisis. Una cosa es segura, Mark: le visita con frecuencia.

—Interesante. ¿Qué más, Mary?

—Algo verdaderamente extraño. Nora ha faltado al trabajo unas cuantas ocasiones en los últimos tiempos. No ha sido una falta completa, sino de un par de horas, a lo sumo. Y eso no era antes corriente en ella. Más todavía: anoche llegó al «Barney's» después de las doce.

—¿Cómo lo sabes? Tú no estabas, te despidió...

—Discúlpame por no habértelo dicho antes. Al día siguiente, cuando fui a cobrar el salario, me dijo que estaba arrepentida de su actitud y me presentó sus excusas. Total, que he vuelto al «Barney's», aunque será por poco tiempo, porque estoy en tratos para conseguir el empleo que te mencioné.

—Comprendo. Me alegro de que todo se haya solucionado, Mary. ¿Qué más?

—Nora llegó anoche a las doce, más o menos, y se encerró en su despacho durante unos minutos. Parecía bastante alterada, aunque luego se recuperó. Incluso se mostró conmigo muy amable y conciliadora... No sé si esto te servirá de algo, pero creo que debía contártelo.

—Has hecho bien —dijo Kyle—. De modo que Nora y Grogan...

—Estaba lo que se dice verdaderamente loca por él, Mark. Ciega por ese estafador, así como suena.

Kyle meditó unos segundos.

—Llegó a las doce...

Thelda le había despertado minutos después. ¿Cabía que Nora hubiera hecho la llamada, disfrazando la voz?

Entonces, tenía que conocer ya la noticia de la muerte de Madigan.

—Mary, ¿cuántas veces ha faltado al trabajo?

—Tres, más o menos, siempre el mismo tiempo, Mark. —¿No recuerdas, aproximadamente, las fechas?

Hubo un momento de silencio. Luego, Mary respondió: —Yo diría que una vez por semana.

—Una vez por semana —repitió Kyle—, Gracias, Mary. Has sido muy amable...

—¿Por qué no lo eres tú conmigo? Por ejemplo, mañana es mi día libre. Ven a cenar a mi apartamento y...

—No te prometo nada, pero intentaré tener la noche libre —se despidió Kyle.

Después de colgar el teléfono, se reclinó en su sillón y permaneció pensativo durante algunos minutos.

¿Qué relación había entre las ausencias de Nora y los crímenes que alguien cometía en nombre de Grogan?

Tendría que preguntárselo a la interesada, decidió finalmente.

La casa estaba en completo silencio. Polly se había dormido, cuando, de repente, despertó, porque había oído un ruidito sospechoso.

Rígida, en la cama, sin moverse, aferró el embozo de las sábanas con ambas manos. Tenía la ventana abierta y la luz de la luna proporcionaba cierto resplandor al dormitorio.

De repente, vio que se abría una puerta en la pared frontera. Llena de pánico, procuró permanecer inmóvil, a fin de no llamar la atención del intruso y hacerle creer que estaba profundamente dormida.

Porque aquella puerta era algo completamente nuevo para ella, ya que ignoraba su existencia. ¿Adónde daba? ¿A qué lugar permitía el acceso?

Un hombre salió a través del hueco y escuchó unos momentos. Luego, pisando de puntillas, se acercó a la puerta del dormitorio, la abrió y salió al corredor del primer piso.

Entonces, con tanto sigilo como el desconocido, Polly se puso en pie, agarró una linterna que tenía encima de la mesilla de noche y corrió hacia la puerta secreta.

La pared era de paneles de madera, con grandes cuarterones, y la puerta había sido construida de tal modo, que se confundía con el resto del muro. Al asomarse, con la linterna encendida, vio una escalera de caracol que se hundía en el subsuelo.

El intruso estaba ahora en la casa. ¿Adónde había ido?

Volviendo sobre sus pasos, se acercó a la otra puerta. Salió al corredor, descendió a la planta baja y entonces oyó voces en la cocina.

—No deberías haber venido —dijo la señora Masters.

—Tenía hambre, diablos. Aquí hay un frigorífico bien provisto... Además, ¿quién diablos se va a enterar? Ella está dormida como un tronco y no conoce la entrada secreta. Maldita sea, Virginia, ¿cuándo rayos nos casamos?

—Ahora tengo un buen empleo. Tú, en cambio, eres un vago...

—Soy un buen jardinero. La vieja me despidió ignominiosamente.

—Porque te emborrachabas.

—Ya he dejado el alcohol. Hace más de un año que no pruebo una sola gota. ¿Por qué no hablas con la chica...?

—Escúchame, Pete Dayne, ella es una mujer decente. Tú la atacaste, le diste un buen golpe...

—Fue un arranque —rezongó el sujeto—. No pude contenerme...

Polly no quiso seguir escuchando más y se alejó sigilosamente. Media hora más tarde, Pete Dayne salió fuera de la casa, por la trampilla de la carbonera, situada en la parte posterior.

Entonces sintió el contacto de algo duro en su espalda.

—Señor Dayne, tengo una escopeta en las manos —dijo Polly—. Si hace el menor movimiento, le partiré la cabeza por la mitad.

El sujeto se puso rígido en el acto y levantó las manos como si tuviera los costados invadidos de hormigas carnívoras. Polly sonrió satisfecha en la oscuridad, porque Dayne no podía saber que era un palo y no una escopeta el arma con que le intimidaba.

—No dispare, señorita —rogó Dayne con voz trémula—. Le aseguro que no quería hacerle ningún daño.

—Conque no quería hacerme daño, ¿eh? ¿Y el puñetazo que me pegó hace algunas noches?

—Fue un gesto instintivo. Me asusté cuando vi que se despertaba...

—Pero usted me destapó en la cama.

—No, no, usted ya estaba destapada. Lo que yo quería era cubrirla, porque me pareció que podía resfriarse. Si... sí Virginia hubiera sabido lo que hacía, podría haberse enfadado...

—A Virginia le ajustaré yo las cuentas en cuanto me la eche a la cara —amenazó Polly fingidamente. Ahora que había descubierto el misterio, se sentía mucho más aliviada y sabía que no podía sentir temor de aquella pareja un tanto pintoresca—. Pero, usted, a veces, venía a la casa a dormir —añadió.

—Es que estoy sin trabajo —se lamentó Dayne—. No tenía dónde alojarme y Virginia, bueno, la señora Masters, quiere que yo encuentre un empleo antes de casarse conmigo. Es cierto que la señorita Brightell me despidió, porque empinaba demasiado el codo, pero le juro que ya me he corregido. No volverá a suceder, se lo juro.

—Está bien, lo tendré en cuenta. Ahora he de resolver ciertos problemas, señor Dayne. Más adelante, tal vez discutamos su empleo de jardinero en mi casa. Pero, ¿a quién se le ocurrió la construcción de la escalera que comunica mi dormitorio con el sótano?

—No lo sé. Siempre ha estado así... Acaso la usaba el dueño para salir sin ser visto... Dicen que se dedicaba al contrabando... No puedo darle una respuesta concreta. Yo tuve que entrar un día por la cocina, ya que la entrada de la carbonera estaba atrancada... Luego escapé desde el dormitorio...

—Tendré que asegurar la puerta de arriba —dijo Polly—, Señor Dayne, creo que hay un cobertizo para herramientas. Vaya a ver a la señora Masters y pídale un colchón y mantas. No quiero que pase la noche al raso.

—Gracias, señorita. Nunca olvidaré su gesto...

Polly regresó a su dormitorio, vivamente satisfecha por el desenlace del suceso. Era un enigma resuelto y debía admitir que, en algunos momentos, había pasado verdadero pánico.

Pero ya no había por qué sentir temor, se dijo. Y se propuso contárselo a Kyle en cuanto se le presentara la ocasión.

—Esta noche, no, es ya un poco tarde y estará dormido seguramente
—murmuró.

CAPITULO XI

Kyle entró en el «Barney's» y guiñó un ojo a Mary Feldon. Ella le contestó con una brillante sonrisa.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó.

—He venido a ver a tu jefa —respondió él.

—Iré a avisarla...

—Gracias, no te molestes, conozco el camino. Más tarde, quizá, aceptaré una copa.

—¿En mi apartamento? —sugirió Mary.

—¿Por qué no? —Kyle volvió a guiñarle el ojo y tomó la ruta que debía llevarle al despacho de Nora Olsen, quien, en aquellos momentos, no se hallaba a la vista.

Tocó con los nudillos. Una voz femenina concedió permiso y Kyle abrió la puerta.

Nora alzó vivamente la cabeza al verle. Estaba detrás de una mesa, escribiendo algo sobre lo que parecía un libro de cuentas. Sobre el «uniforme» de la casa, se había puesto una bata corta, de mangas muy amplias.

En el rostro de Nora no había simpatía, aunque Kyle tampoco advirtió demasiada hostilidad. Ella le señaló la consola de los licores.

—Sírvese a su gusto, abogado —invitó.

—Gracias, en este momento no tengo sed. ¿Me permite que me siente?

—Claro. Acomódese a su gusto y, dígame, ¿qué quiere de mí?

Kyle se repantigó en un sillón y cruzó las piernas.

—Nora, ¿cuál es el estado de sus relaciones con el sobrino de la señorita Brightell?

El semblante de la mujer se oscureció instantáneamente.

—Bill dio un mal paso y lo está pagando. Pero no por ello hay que condenarle eternamente. Se regenerará, créame.

—Así lo deseo yo también. ¿Va a verle al presidio con frecuencia?

—Más o menos, una vez por semana. ¿Por qué me lo pregunta?

—Verá, como no ignora, entre Bill y su tía se produjeron ciertos roces, lo que motivó que él fuese desheredado legalmente.

—Sí, lo sabía —admitió Nora—. Ella es una vieja incapaz de comprender a los jóvenes...

—Por lo que yo sé, Bill realizó ciertas acciones que tienen muy poco

que ver con la edad. También los viejos hacen cosas semejantes, Nora.

Ella se encogió de hombros.

—Es una mujer intolerante, anclada todavía en el siglo pasado. No es capaz de comprender a las personas...

—Por favor, no descargue sus sentimientos en la señorita Brightell —dijo Kyle severamente—, Bill había cometido ya algunos delitos anteriormente y ella le ayudó, hasta que vio que no tenía enmienda, lo que sucedió poco después, cuando hizo la estafa que le envió a presidio. Es muy cómodo cargar las culpas a los demás, sin admitir las propias. ¿Se da cuenta de que tres personas han sido asesinadas ya, supuestamente por haber declarado en contra de Bill?

—Él no tiene nada que ver con esos crímenes —protestó la mujer.

Pero su voz era insegura, a pesar de haber elevado el tono, advirtió Kyle.

—Oh, seguramente, no, pero lo ha hecho un cómplice suyo, esperando, tal vez, una buena recompensa cuando él salga de presidio. Y voy a darle un consejo, Nora: si sabe algo sobre el particular, dígalo antes de que sea demasiado tarde. En caso contrario, usted podría ser acusada de complicidad y la pena sería idéntica a la del asesino.

—No tengo nada que ver con esos crímenes y puedo probarlo.

—¿Cómo? —preguntó el joven vivamente.

—Tengo coartadas...

—Anteayer murió una persona. La muerte se produjo más o menos a las once de la noche. ¿Estaba usted aquí?

Nora sonrió desdeñosamente.

—¿Me cree con las fuerzas suficientes para aplastarle la cabeza a un hombre, después de haber intentado estrangularle? Acaso la muerte de Madigan podría serme achacada. Fallé con la cuerda y tuve que recurrir al objeto contundente. Pero, ¿hay huellas dactilares mías en esa estatua de bronce usada por el asesino? Y, otra cosa: los dos crímenes anteriores fueron cometidos por estrangulación, sin fallos por parte del asesino. El forense dijo que éste era un hombre de notable fuerza física.

Ella levantó sus manos.

—¿Son las de una estranguladora? —añadió, irónica.

Kyle sonrió.

—Me parece que a usted le gusta estrangular más con los brazos —respondió.

—Si quiere intentar la prueba —dijo Nora, sugerente.

—No, gracias —Kyle se puso en pie—. Ha sido usted muy amable al recibirme y, desde luego, me marchó con la convicción de que no tiene nada que ver con esas muertes.

—Puede tenerlo por seguro, abogado.

Kyle se encaminó hacia la puerta. Desde allí, se volvió y fijó la vista

en la mujer.

—Por cierto, Nora, antes dijo que tenía coartadas, pero no ha citado una sola. Ha desviado la cuestión, diciendo que no tenía fuerzas para estrangular a una persona y yo la creo. Pero, ¿qué hacía usted anteayer entre las diez y las doce de la noche? No estaba aquí, ¿verdad?

El semblante de la mujer se puso gris instantáneamente. Kyle adivinó que ella sabía más de los asesinatos de lo que daba a entender, pero no quiso insistir.

Iban a preparar una trampa al asesino y entonces toda la verdad saldría a la luz.

En la sala, se encontró con Mary. Ella sacó algo de su escote y lo puso en su mano.

—Tardaré un poco. ¿Por qué no me esperas en casa?

Kyle dudó un instante, pero acabó por sonreír.

«Quizá averigüe más cosas», pensó.

—O.K., princesa —accedió.

* * *

Por la mañana, Calloway recibió a un visitante. Polly se puso de mal humor, porque tenía que tolerar aquellas visitas, que no prometían nada bueno. Se preguntó cuándo resolvería Kyle aquella situación y decidió presionarle un poco, a fin de librarse cuanto antes de aquel desagradable sujeto.

Minutos más tarde de la llegada del visitante, sonaron fuertes voces en el despacho. Luego, el visitante salió, dando un portazo, a la vez que profería invectivas contra Calloway, mencionando a sus antepasados con frases carentes de amabilidad.

Poco después, Calloway fue a la cocina y pidió a la sirvienta un trozo de carne cruda. A Virginia le faltó tiempo para contárselo a la muchacha.

—Le han puesto un ojo a la funerala —declaró—. Ese cliente debe de tener muy malas pulgas...

En aquel momento, Polly decidió que Kyle tenía que hacer algo con toda urgencia. Si tenía que marcharse de la casa, lo haría, pero no quería soportar a Calloway un minuto más de lo estrictamente necesario.

Cerca del mediodía, llamó al joven y le preguntó si podían almorzar juntos en el sitio de costumbre.

—Será un placer —aceptó Kyle instantáneamente.

Sentía cierto complejo de culpabilidad, por estimar que, de alguna manera, había sido infiel a la muchacha con Mary Feldon, pero este romance, se dijo, ya había llegado a su término. Mary había añadido

durante la noche algunos detalles de poca monta, aunque le prometió vigilar a Nora Olsen por si hacía algo fuera de lo corriente.

—En todo caso, avísame en el momento en que veas que no acude al «Barney's» —había solicitado él.

Poco después de las doce, Kyle y Polly se sentaron a una mesa, frente a frente. Después de encargar la minuta, ella le miró fijamente.

—Calloway tiene un ojo morado —declaró—. Uno de sus clientes se ha enfadado con él, no sé por qué, y le ha pegado un estupendo puñetazo.

—Será cosa de felicitar al cliente —dijo Kyle—. ¿Algo más?

—¿Cuándo me lo echas de casa?

Kyle meditó un instante.

—Me faltaban algunos datos, pero no importa. A fin de cuentas, dispongo de lo esencial. ¿Te parece bien esta misma tarde?

—De acuerdo —accedió la joven.

En aquel momento, se les acercó el teniente Robeson.

—¿Puedo acompañarlos a almorzar? —sonrió—. Pagaré mi parte, claro. No debo permitir que me inviten cuando estoy de servicio.

—¿A quién persigue ahora, teniente? —preguntó Kyle de buen humor.

—Ya lo tengo en el cesto, aunque venir a verle a usted, forma parte también de mi servicio —contestó el policía, a la vez que levantaba una mano—. ¡Camarera! —llamó.

Robeson encargó su almuerzo. Luego sonrió, mirando sucesivamente a los dos jóvenes.

—El asesino de Lobston fue Buddy Japhill —manifestó.

Kyle dio un respiro.

—¿Ese? Parecía incapaz de matar a una mosca...

—Hemos hallado en su casa, escondida, la pistola con la que cometió el crimen.

—Pero... sí nos encontramos en la puerta... —dijo el joven, desconcertado—. Descubrimos a la víctima los dos, al mismo tiempo...

Robeson meneó la cabeza varias veces seguidas.

—Japhill fue a pedir más dinero y Lobston se negó. Entonces, furioso, le pegó un tiro, aunque con la precaución de utilizar la almohada como silenciador. Nadie le vio entrar y salir, pero luego pensó que era mejor «descubrir» el cadáver, con lo que así probaría su inocencia. Incluso, delante de usted, despojó al muerto de cierta suma de dinero, ¿no es así?

—Cierto —convino Kyle.

—Alguien nos informó de que Japhill tenía una pistola ilegalmente. Registramos su casa, por pura rutina, pero la prueba balística ha demostrado que es el arma del crimen. Japhill se ha derrumbado y...

—Entonces, no fue Calloway, como sospechábamos.

—No —contestó Robeson—, Desde luego, Calloway y Lobston tenían negocios comunes y usted ya se imagina a qué me refiero. Pero no podemos probar nada a Calloway...

—Teniente —dijo Kyle—, ¿qué tal si yo le pusiera a Calloway en sus manos, con las pruebas necesarias?

—Aceptaría el obsequio con gran placer —rió el policía.

En aquel momento, se oyó un gran estruendo en la calle. Dos vehículos habían chocado y Robeson, cumpliendo con su obligación, salió corriendo para ver de ayudar a las víctimas.

Fuera se produjo el alboroto consiguiente. Robeson estuvo en la calle, hasta conseguir restablecer el orden, con la ayuda de los policías de tráfico. Al cabo de un buen rato, volvió a entrar en el restaurante, con la contrariedad pintada en el rostro.

—Tenemos mala suerte —dijo—. La mujer policía que iba a sustituir a la señorita Brightell iba en uno de esos coches y tiene un brazo roto. Tendremos que buscar a otra, aunque en estos momentos, no dispongo de ningún agente femenino...

Polly puso los codos sobre la mesa y miró a Robeson de hito en hito.

—Teniente, ¿qué le parece si yo me ocupo de desempeñar ese papel en la representación? —sugirió.

A las seis de la tarde, Polly abrió la puerta de su despacho.

—Podía llamar antes —dijo Calloway malhumoradamente, a la vez que intentaba esconder unos papeles.

—Hago lo mismo que usted —respondió ella con todo desparpajo—. Pero tiene una visita y eso es lo que quería anunciarle.

—En estos momentos, no puedo recibir a nadie...

—A mí sí me va a recibir —exclamó Kyle desde el umbral.

Calloway vio al joven y se levantó de un salto, con el rostro completamente blanco. Kyle, que había dado unos pasos en el interior de la estancia, se detuvo en seco, con los ojos abiertos como platos.

—¡Caramba, qué vueltas da el mundo! —exclamó, cuando se hubo recobrado de la sorpresa—. Mira quién está aquí, Polly. Es nada menos que Rube Clell, el tipo que estuvo a punto de estafar cincuenta mil dólares a Thelda, cosa que habría logrado, de no haber tomado yo cartas en el asunto.

—¿El? —dijo la muchacha, atónita—, Pero se llama Calloway...

—Entonces, usaba el nombre de Clell, aunque vete a saber si no era el seudónimo que utilizaba en aquella época. Claro que, a fin de cuentas, es un detalle de poca importancia, ¿verdad, señor Calloway-Clell?

—Calloway es mi verdadero nombre —respondió el sujeto hoscamente.

—Bien, aceptémoslo —dijo Kyle con tranquilidad. Avanzó hasta la mesa y puso encima su portafolios—. Siéntese, Danny, tenemos mucho

de qué hablar. Por cierto, el cliente de esta mañana tenía muy mal genio, ¿verdad?

Calloway se tocó maquinalmente el ojo izquierdo, casi cerrado.

—Era un tipo intratable —gruñó.

—Ya. Seguro que no se dejó engañar por su labia... Pero, siéntese, siéntese... ¿Polly?

—Estoy aquí, Mark —contestó la interpelada.

Kyle empezó a sacar papeles de su cartera.

—Danny, usted engañó tiempo atrás a la señorita Cortland...

—Ella ganó mucho dinero —protestó el estafador.

—Lo sé. Y por eso mismo, usted la sometía a chantaje, para que le dejase ocupar esta casa, tomándola como sede de más estafas. Bien, eso se ha acabado ya, porque ella devolverá el dinero conseguido ilegalmente y no tendrá problemas con la ley. Pero usted, ¿puede decir lo mismo?

Calloway se pasó una mano por la garganta.

—Po... podríamos llegar a un acuerdo...

Kyle lanzó sobre la mesa una hoja de papel grande, artísticamente impresa.

—Un certificado de acciones de la «Calloway Mining Corporation», empresa absolutamente imaginaria, certificado que ha sido diseñado por un tipo asesinado, quien también se dedicaba a hacer la competencia al gobierno, en el asunto de la fabricación de billetes de Banco.

—¡Yo no he tenido nada que ver con esa falsificación! —chilló Calloway.

—Danny, ¿quién le creerá a usted? —sonrió el joven.

Hubo un instante de silencio. Luego, Calloway dijo:

—Oiga, Kyle, si yo le cuento algo muy interesante, ¿me dejará marchar libremente? Le entregaré todos los documentos referentes a la señorita Cortland y no intentaré nada contra ella...

—Depende de lo que tenga que decirme —respondió el joven—. Si no es «verdaderamente» interesante, no habrá trato.

Calloway se derrumbó sobre un sillón, con las manos sobre los ojos. A Kyle le recordó la ocasión en que lo había visto en la antesala de Rasselar, ocultándose tras un periódico. También había estado con Nora Olsen, pero, en ninguno de dichos encuentros, le había visto la cara. Calloway había maniobrado para no ser reconocido lo que, a fin de cuentas, no le había servido para nada.

—Bien, Danny, estamos esperando —dijo Kyle, en vista del silencio de Calloway.

El sujeto inspiró profundamente. Luego se irguió un tanto en el sillón y miró al joven.

—Usted aceptará el trato, apenas le cuente lo que sé —dijo.

Kyle asintió.

—Le escucho, Danny —repuso.

CAPITULO XII

—Todavía me parece increíble —dijo Polly algunos días más tarde—. Es demasiado fantástico...

—Pero absolutamente cierto —contestó Kyle—. La información es rigurosamente verídica y se ha podido confirmar.

—Eso puede echar a perder el plan, ¿no te parece? —El interesado no lo sabe, Polly.

—¿Intentará repetir su... proeza?

—Indudablemente. Está obsesionado por ejecutar su plan y no se detendrá ante nada. Pero temo por ti...

Polly hizo un ademán.

—No hay nada que temer —contradijo—. La trampa está bien preparada. Y yo bien protegida, supongo.

—Sobre eso no hay duda alguna. Intentará repetir la operación, sobre todo, teniendo en cuenta que espera actuar sobre una mujer débil y con muchos años encima. Pero si intentase hacerlo de otra manera, un par de tiradores expertos estarán dispuestos en todo momento a intervenir antes de que el asesino pueda causarte ningún daño.

Polly se tocó los costados.

—Me sofoca —se quejó.

—Un chaleco antibalas no es nunca nada cómodo —sonrió Kyle—. Pero se trata de una precaución adicional.

El teniente Robeson entró en aquel momento y respingó ligeramente al ver a la muchacha ataviada con un severo traje negro, con cuello y puños de encaje blanco.

—Parece usted otra, señorita —exclamó.

—Me está viendo como seré dentro de cincuenta años —sonrió la muchacha.

—No viviré tanto —dijo el policía melancólicamente—. Bien, aquí está el «decorador» que se encargará de la última parte de la caracterización.

Un hombre, que portaba un extraño objeto en las manos, se acercó a Polly.

—¿Quiere aflojarse el cuello del vestido, señorita? —solicitó.

Kyle contempló con aprensión el artilugio que el otro policía había traído consigo.

—¿Es seguro? —preguntó.

—Absolutamente —respondió el experto—. Es lo que se usa para la curación de fracturas o luxaciones de vértebras cervicales. La solidez es de una garantía total... excepto si el portador pone el cuello en uno de los rieles del ferrocarril al paso de un tren. Cosa que usted no piensa hacer, sin duda, señorita.

—No estoy tan desesperada —rió Polly. mientras se ponía en manos del policía.

Al cabo de unos minutos, el experto se separó y contempló su obra.

—Perfecto —dijo—. El asesino no notará nada hasta que sea demasiado tarde.

—Haga que revisen las cámaras —ordenó Robeson—. Es preciso cogerle con las manos en la masa...

El teléfono sonó en aquel momento. Kyle lo levantó, escuchó un instante y luego se lo pasó a Robeson.

—Es para usted, teniente.

Robeson tomó el aparato. Al cabo de unos segundos, anunció:

—Ya ha salido.

Kyle consultó su reloj.

—Tardará una hora —dijo—, ¿Hay informes de Nora?

—Sí, salió en su coche hace treinta minutos.

Kyle se inclinó hacia la muchacha. El rostro juvenil de Polly contrastaba sorprendentemente con la peluca blanca y el vestido de Thelda Brightell, elementos que había utilizado para simular la personalidad de la anciana.

—Todo saldrá bien —dijo suavemente.

Ella asintió y, sonriendo, señaló su mejilla izquierda. —Mark, no voy a ser menos que Thelda —solicitó.

El joven se echó a reír. Besó a Polly y luego, a un gesto de Robeson, se encaminó hacia la puerta de la sala.

* * *

Bill Grogan alcanzó el automóvil y se coló en su interior. Nora arrancó en el acto.

—Estás muy seria —observó el hombre al cabo de unos momentos, en vista del silencio de Nora.

—No siento alegría precisamente —contestó ella.

—¿Puedo conocer los motivos?

—Tengo miedo. Creo que sospechan algo, Bill.

—Vamos, vamos, no seas tonta. ¿Quién va a saber que me he escapado del presidio? Nadie me vigila y...

—Kyle me preguntó qué había hecho la noche en que murió Madigan, de las diez a las doce. ¿No te parece que eso es motivo

suficiente para sentirse aprensiva?

Grogan frunció el ceño.

—¿Quién se lo dijo? —preguntó.

—No lo sé... Tal vez una de las chicas del «Barney's», una tal Mary Feldon... Es bastante amiga del abogado... Tuve un incidente con ella y la despedí, pero luego volví a admitirla, para que Kyle no recelara...

—Por lo visto, no ha servido de nada —dijo Grogan cáusticamente—. ¿Sabes algo de Calloway?

—Estuvo a verme. Quería colocarme unas cuantas acciones de una compañía minera.

—Es una estafa —gruñó el hombre.

—Sí, ya me lo imaginé. Por eso no acepté en el primer momento. No ha vuelto a visitarme.

Grogan calló unos momentos. Al cabo de un rato, se dio cuenta de que sucedía algo extraño.

—Eh, Nora, éste no es el camino...

—No vamos a Hartbone —respondió la mujer—. Nos iremos muy lejos de la ciudad. No quiero que te detengan...

Grogan lanzó un terrible juramento. Iba a protestar, pero, de pronto, recordó algo.

—¿Tienes un cigarrillo? —pidió con naturalidad.

—Hay en mi bolso —dijo Nora.

El hombre abrió el bolso y encontró lo que buscaba, un pequeño revólver de seis tiros, que Nora utilizaba como defensa personal. Sacó el arma, apoyó el cañón en el costado de la mujer y apretó el gatillo dos veces.

Nora exhaló un grito horroroso. Grogan sujetó el volante con la otra mano, a la vez que alargaba el pie izquierdo, para pisar el freno.

Segundos más tarde, arrojaba a la mujer fuera del coche.

—Estúpida —barbotó—. Ibas a impedirme consumir mi venganza...

Dio gas a fondo y giró el volante, en busca del camino que le llevaría a Hartbone.

* * *

Leía un libro, con aire apacible, cuando, de pronto, sonó un ligero ruidito.

Una silueta se recortó en el hueco de la ventana de la sala. El asesino pasó las dos piernas sucesivamente por encima del antepecho y luego, en completo silencio, se acercó a la anciana sentada en su silla de ruedas.

Llevaba las manos enguantadas y en ellas un fino cordón de seda, que pasó bruscamente en torno al cuello de la mujer. Dio una rápida media vuelta, a fin de asegurar el lazo y luego lanzó una risa baja y

siniestra.

—¿Te habías desvelado esperándome, querida tía? ¿Te quitaban el sueño mis andanzas? No te preocupes, ahora vas a dormir para siempre. Descansarás perfectamente en el fondo de tu sepultura, puedo garantizártelo.

La estancia se hallaba sumida en una suave penumbra, ya que sólo estaba encendida la lámpara junto a la cual leía la anciana. De pronto, se encendieron todas las luces.

—Hola, Bill —dijo Mark Kyle.

Atónito, Grogan volvió la cabeza. Un horrible juramento brotó de sus labios al reconocer al hombre que le había saludado.

—Mark...

—El mismo, Bill —contestó el joven sin inmutarse—. Ah, por cierto, no te molestes en apretar el lazo. Ella tiene puesto un collar ortopédico, de los que se utilizan cuando hay lesiones en las vértebras cervicales. No conseguirías nada, también yo puedo garantizártelo.

Los ojos de Grogan estaban completamente abiertos. Una llama de odio infinito ardía en sus pupilas.

—Sabías que iba a venir —dijo rabiosamente.

—Sí, desde luego. Sabía que no dejarías de intentar la consumación de tu venganza, esa venganza que tanto te ha obsesionado desde el primer momento porque tu tía se negó a ayudarte, cansada de sacarte de apuros y harta de ver que no dabas el menor paso para enmendarte. Por eso dejó que fueras a presidio y no por otra causa, y por eso también te desheredó...

Grogan lanzó una ruidosa carcajada.

—El testamento está destruido. No se registró. Rasselar iba a llevarse una buena tajada, porque, sin testamento, yo sería el heredero de mi tía y nadie podría probar que yo lo hice.

—Te engañaron —manifestó Kyle—. Se destruyó un sobre que, supuestamente, contenía el testamento. El ladrón lo escondió, para su propio provecho, pero un cómplice, descontento con el pago, lo mató de un tiro y luego se encontró el testamento. Aunque, de todos modos, Thelda ya había otorgado otro, enteramente idéntico al original. No hubieras percibido un solo céntimo, Bill.

Grogan se echó a reír.

—Bueno, puedo decir que todo fue una broma...

—Bill, sabemos que, en tu celda, debajo de la cama, hay un trozo del suelo que puede levantarse, para pasar a las cloacas, que desembocan en el río a media milla de distancia. Ese es el procedimiento que te enseñaron para salir sin ser visto y que tú has utilizado para cometer tres asesinatos, vengándote así de quienes declararon contra ti en el juicio. Nunca supiste reconocer tus fracasos, siempre culpaste a los de más de tus errores y por eso querías

desquitarte, para satisfacer tu «ego» herido por lo que considerabas una injusticia...

—¡Ella pudo evitar que yo fuese a presidio y no alzó un dedo para salvarme! —gritó el asesino.

—Reconoce que te lo merecías. ¿Crees que a Thelda no le dolió tener que tomar una decisión semejante? Pero ya no podía actuar de otro modo, porque tú no eras capaz de hacer nada por ti mismo y hubieras vuelto a las andadas en cuanto se te hubiese presentado otra ocasión. Te lo merecías, debes admitirlo.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Kyle añadió:

—Bill, ¿dónde está Nora, tu cómplice? Ella era la que iba a buscarte con el coche y te traía y te llevaba, para ahorrarte la caminata de doce millas que hay hasta el presidio, ¿verdad? ¿Dónde te espera ahora?

Grogan volvió a reír.

—En el infierno —contestó.

Kyle se estremeció.

—¿La has matado?

—Discutimos... ligeramente —contestó Grogan con terrible cinismo.

—Sí, ella te estorbaba ya, sin duda. Pero hay algo que no he conseguido averiguar. ¿Desde dónde llamabas a tu tía, una vez cometido el crimen?

—Nora tenía una «cassette» grabada y la hacía funcionar en un teléfono. Yo la grababa en el presidio y se la entregaba después de liquidar al bastardo de turno.

—No está mal pensado, Bill, pero ahora tienes que saber dos cosas: primero, todo está grabado, en audio y sonido. Hay cámaras de video instaladas discretamente en la sala y sus registros se utilizarán como prueba cuando te juzguen por asesinato. Segundo, tu última víctima no es Thelda. sino una valiente muchacha, que se ha prestado a desempeñar ese papel. Polly, quítate la peluca, por favor.

La joven no se podía mover de la silla, va que aún tenía el lazo en torno al cuello, pero sí podía levantar la mano derecha, con la que se arrancó la peluca blanca fabricada a imitación del peinado habitual de Thelda.

Los ojos de Grogan rodaron en sus órbitas. Repentinamente, a la vez que emitía un aullido inhumano, dio un terrible empujón a la silla y la hizo rodar con gran violencia hacia el joven.

Kyle apenas si pudo evitar la colisión y se tambaleó, mientras Grogan se lanzaba hacia la ventana, por la que salió en un instante. El joven le vio sacar un arma del bolsillo y agarrando a Polly por un brazo, la hizo tenderse en el suelo, temiendo la reacción de Grogan.

Fuera sonaron de pronto unos gritos de aviso. Grogan exhaló un espantoso alarido. Enloquecido, disparó el revólver contra las sombras que se movían en la oscuridad, frente a él.

Relámpagos anaranjados disiparon durante breves instantes las sombras de la noche. Luego se hizo el silencio.

Robeson se asomó a la ventana.

—¿Están bien? —preguntó.

—¿Grogan? —dijo Kyle.

—Lo siento. No nos dejó otra opción.

El joven inspiró con fuerza. Poniéndose en pie, ayudó a Polly a levantarse. Luego hizo una seña al policía.

—Creo que Grogan ha matado a Nora Olsen, pero no sé dónde ha podido ocurrir —dijo.

—No se preocupe, ya la encontraremos —contestó Robeson.

Kyle quitó el collar ortopédico que Polly tenía en torno a su garganta. Ella se frotó un poco el cuello con las manos.

—Has pasado miedo —sonrió él.

—Tenía la seguridad de que no me ocurriría nada, estando tú al lado —repuso la muchacha.

Kyle apretó su brazo afectuosamente.

—Solucionaremos tus problemas —aseguró—. Polly, Thelda está arriba, en su dormitorio. Procura confortarla un poco. A fin de cuentas, Bill era hijo de su hermana.

—Comprendo —murmuró ella.

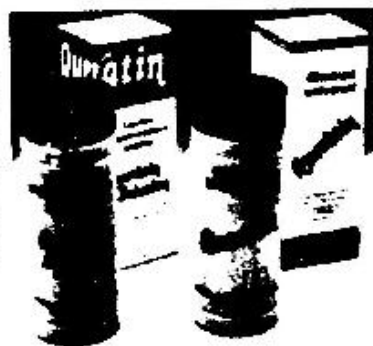
Kyle encendió un cigarrillo. Todo había pasado ya. No habría ningún asesino que les quitase el sueño en el futuro.

Al lado de Polly, se dijo, el futuro se presentaba prometedor.

F I N

¿Cuántos cabellos ha perdido usted hoy?

¿Ha mirado bien el peine, la almohada y el lavabo?



¡Olvíde los cabellos caídos, pero procure conservar los que le quedan!

A.D.G.O.F. N° 25.884 C

A.D.G.O.F. N° 26.896 C

¡No espere a quedarse calvo!

Un buen consejo para usted: Utilice Queratin Loción y Queratin Champú

Aplice usted el procedimiento más efectivo para procurar resolver los problemas de su cabello, que consiste en usar una buena loción con el objeto de que le facilite el proceso regenerador de las raíces capilares.

Con esta finalidad se elaboran y comercializan con mucho éxito los preparados Queratin Loción y Champú Universal Queratin, que por su gran efecto tónico son muy recomendados para evitar la caída del cabello y acelerar su crecimiento.

A los pocos días del uso metódico de Queratin Loción y Champú Universal Queratin usted notará su influencia en el estado general de su cabello y continuado el tratamiento podrá observar pronto apreciables y beneficiosos resultados.

Por sus excelentes y valiosos efectos los preparados Queratin son muy aconsejados para hombres y mujeres en los siguientes casos:

- Eliminar gradualmente la caspa y el exceso de grasa del cuero cabelludo.
- Fortalecer y cuidar las raíces mejorando el aspecto decaído del cabello.
- Proporcionarle a éste mayor volumen y brillo, dejándole sedoso, suave y fácil para peinar.

(Continúa en la página siguiente)

Procure usted resolver cuanto antes los problemas de su cabello sin esperar a que se acentúen usando los productos Queratin, pues es más fácil detener una deficiencia capilar naciente que el remediar un problema que se haya convertido en crónico.

Si ya tiene usted cabellos normales y vigorosos consérvelos como hacen ininidad de personas que aplican continuamente con constancia y regularidad Queratin Loción y Champú Universal Queratin, para ayudarse a conservar la cabellera joven y sana, disfrutando además de su agradable y discreto perfume.

¡Beneficiése usted también de la acción bienhechora que proporcionan los magníficos productos QUERATINI!

¡NO LO DUDE!. Haga HOY MISMO la petición enviando a Selecciones Europeas, Apartado de Correos, n.º 330, Santander (España), el boletín de pedido con su dirección completa escrita a máquina o con letra muy clara, en sobre cerrado y debidamente franqueado, y si no quiere recortar el boletín pa-

ra no estropear la novela facilítenos en carta sus señas igualmente con todos los datos de la misma forma, rogándole nos diga además, que su pedido es como consecuencia de haber leído el anuncio de las novelas de la Editorial Bruguera, S.A.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso a los siguientes precios:

QUERATIN LOCION

Frasco: 975 pesetas.

Contenido 200 ml.

CHAMPU UNIVERSAL QUERATIN

Frasco: 875 pesetas.

Contenido 200 ml.

Gastos de embalaje y envío certificado: 250 pesetas.

Ventas para el extranjero: Los dos frascos QUERATIN (Loción y Champú) incluidos los gastos de embalaje y envío certificado, aéreo y urgente, 30 DOLARES USA, acompañando esta cantidad en billetes grandes muy disimuladamente en la carta certificada de pedido, o adjuntando Cheque bancario con firma de garantía, con la absoluta seguridad de que se lo serviremos a correo seguido.

BOLETIN DE PEDIDO

Selecciones Europeas, Apdo. Correos n.º 330 · Santander (España)

Ventas para España: Señale con una X en los recuadros del artículo que le interesa y el número de frascos.

☐ Queratin Champú ☐ Número de frascos
☐ Queratin Loción ☐ Número de frascos

Nombre

Apellidos

Calle Número Piso

Población Distrito Postal

Provincia



8 410018 018928

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España